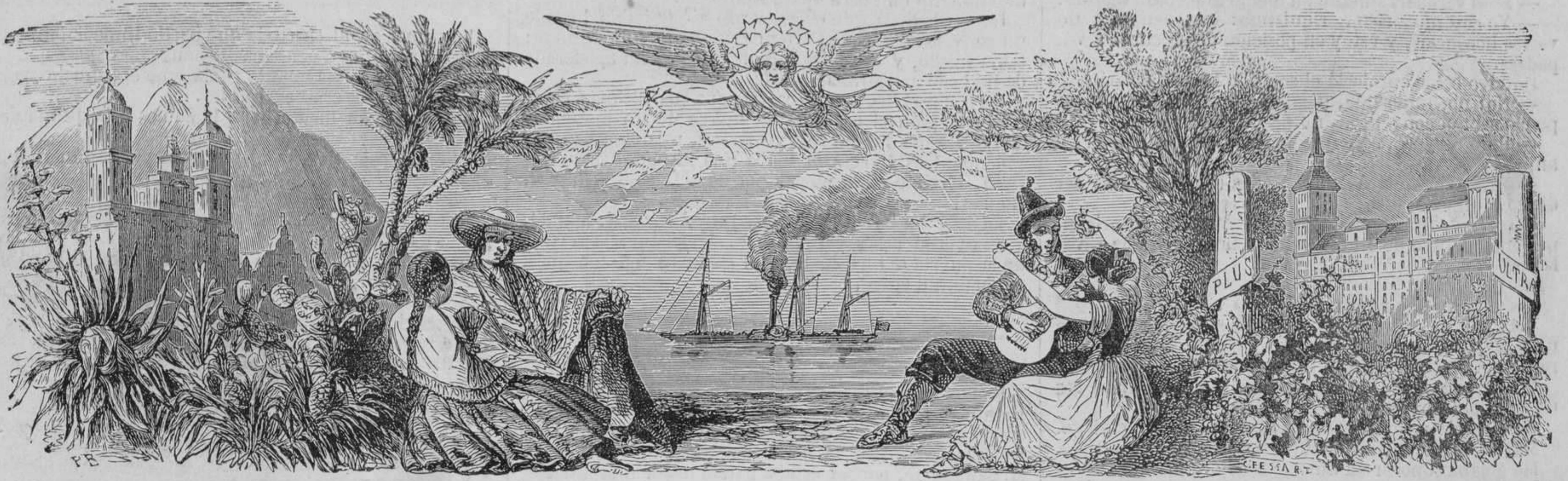


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris

AÑO 19. — N° 399.

SUMARIO.

Un episodio del combate de Milazzo; grabado. — La Dama de noche. — Alocucion del emperador á las tropas de la expedicion de Siria; grabados. — Pelea en el camino del puente de Milazzo; grabado. — Caballeria napolitana puesta en fuga por la artilleria del *Veloce*; grabado. —

Campamento de la division Cosenz; grabado. — Revista de Paris. — La heroína de las guerras del Libano. — Un bañista. — Expedicion de Sicilia; grabados. — Los criados. — La Berthenoux; grabados. — La fuente de San Miguel; grabado. — El último canto del ruiseñor. — Soneto. — Eclipse de sol del 18 de julio. — Revista de la moda. — Tipos de los Pirineos; grabado. — Expedicion de la Kabilia; grabado.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

— Favorézcame Vd. apoyándose confiadamente en mí, la dije con timidez.



UN EPISODIO DEL COMBATE DE MILAZZO. (Véase el artículo en la página 136.)

— No, Andrés, no: eso no puede ser y no será: lo que espero, lo que exijo de Vd. es que me procure los medios de entrar en un convento, y para eso sí aceptaré la ayuda de Vd.: aceptaré mi dote y los gastos indispensables.

— Hay un medio, la dije.

— Si es verdaderamente un medio le acepto. Veamos.

— Yo soy muy rico... riquísimo: han venido á mí varias herencias, y estoy en posición de procurar á Vd. padres.

Un vivo color enrojeció el semblante de Margarita.

— No: no, imposible, me dijo con voz opaca: eso no puede ser: el convento... no hay otro medio.

— Pero y yo..... yo que la amo á Vd. con toda mi alma...

— Resignémonos á nuestro destino: debemos ser digno el uno del otro.

Volví á sentir la tentación de revelarla su origen, pero me detuve de nuevo ante lo horrible de la revelación.

Me faltó valor.

Y sentía un dolor infinito.

Veía en ella la invariable resolución de encerrarse en un convento, de sepultar su hermosura entre sus paredes, de ahogar entre su silencio la voz de su alma.

Yo la veía como de seguro ve el sol por última vez un sentenciado á muerte.

Un silencio penoso sucedió á nuestro anterior diálogo.

Margarita me miraba de una manera suprema.

Me dejaba conocer su amor, su dolor, su agonía.

La soledad en que nos encontrábamos, la situación, aquella mirada de amor de Margarita fija en mí, mi desesperación, mi locura, me hicieron pensar en comprometerla por un paso decisivo.

Pero esta decisión debió transparentarse en mi semblante, porque Margarita se puso pálida, me miró con una profunda pena, y llevó la mano al cordón de la campanilla.

— ¿Qué va Vd. á hacer? la dije.

— A salvar á Vd. de sí mismo, me contestó.

— ¡Ah! exclamé: yo estoy loco.

— Por lo mismo, es necesario que no nos volvamos á ver. Un imposible nos separa: ahorrémonos algún dolor.

Al oír la palabra separación, perdí la conciencia de mí mismo: me olvidé de mi propósito de ser generoso: de ocultar á Margarita su origen: el temor de perderla pudo más en mí que la compasión, y la dije:

— ¿Y si Vd. conociera sus padres, si pudiera Vd. probar de una manera indudable la legitimidad de su nacimiento, se obstinaria Vd. en entrar en el claustro?

— No: pero ¿dónde están esas pruebas?

— Si se las doy á Vd. ¿consentirá Vd. en nuestra unión?

— Juro ser su esposa de Vd. en el momento que tenga un nombre que transmitir á mis hijos.

— Pues bien, Margarita, dije ciego arrastrado por mi amor: Vd. es hija legítima de don Lorenzo de Fonseca y de doña Gabriela Galvez de la Roca.

• CXC VIII.

Apenas pronuncié estas palabras me arrepentí de haberlas pronunciado.

Margarita me dejó ver en su semblante una expresión de espanto.

Sus ojos extraviados parecían revolver bajo sus órbitas algo horrible.

— ¡Mi padre asesinado por ese infame! ¡mi madre amante de ese infame!

Y calló anonadada: quedó doblegada sobre sí misma, como herida por un golpe mortal.

El sacudimiento causado en ella por esta noticia no pudo ser más terrible.

Al fin haciendo un violento esfuerzo logró dominarse, y me dijo:

— La prueba, Andrés, la prueba.

— Usted tiene, la dije, una pequeña rosa de sangre en el hombro derecho.

— Es verdad, pero ¿quién ha dicho á Vd. eso?

— Una declaración escrita de su madre de Vd.

— ¡Escrita! ¿pues qué mi madre no existe?

— Ha muerto hace tres noches.

Volví á caer en su anonadamiento Margarita.

— ¡Mi madre ha muerto hace tres días! exclamó después de un momento de silencio, sabía Vd. su muerte, ha hablado Vd. conmigo y nada me ha dicho Vd. ¡Y dice Vd. que me ama!

— Anoche, señora, aun no sabía yo que Vd. fuese hija de Gabriela: anoche cuando nos separamos, ó por mejor decir esta mañana, aun no conocía yo su declaración.

— Pero esa declaración ¿dónde está?

— La tiene ó debe tenerla muy pronto su hermana de Vd.

— ¡Ah! ¡sí; es verdad! El infeliz don Lorenzo tenía una hija... sí... una pobre niña seducida por Luis de Arévalo... ¿Dónde está mi hermana, Andrés? ¡quiero verla, quiero verla al momento!

Y Margarita se levantó enérgicamente.

Yo no sabía qué hacer.

Margarita había tirado de la campanilla y se había presentado una doncella.

Pero antes que Margarita la hablase, la doncella dijo:

— Señora, un sugeto que se llama *monsieur Rouget*, se empeña en hablar con Vd. Genoveva le ha dicho que

es imposible, que está Vd. acostada; pero ese sugeto dice que es de grandísimo interés...

— Bien, bien: ¿está ahí? dijo con una precipitación febril Margarita: que entre al momento: quédese Vd., Andrés, quédese Vd., ahora más que nunca necesito de Vd., añadió Margarita, viendo que yo había hecho un movimiento en busca de mi sombrero.

La verdad era que en el estado á que había llegado mi conversación con ella temía yo lo que sobreviniese: tenía miedo, y un instinto de fuga se había apoderado de mí: me arrastraba.

Pero Margarita mandaba, porque sus últimas palabras tuvieron el acento y la fuerza de un mandato; Margarita me dominaba, y obedecí, permanecí inmóvil, mientras Margarita fijaba una mirada lúcida, ansiosa, terrible en la puerta por donde debía entrar M. Rouget.

La doncella había salido para introducir á M. Rouget. Se oyeron pasos precipitados, se levantó la cortina de la puerta del gabinete, y el cocinero del marqués, su factotum entró.

CXCIX.

Venia en el mayor desorden.

Su traje era el mismo que usaba en la cocina, exceptuando el mandil y el gorro.

Sus pequeños ojos grises se revolvían de una manera terrible, temblaba, y entonces no podía llamarsele M. Salmonete, porque estaba pálido hasta una intensidad de palidez desconocida.

— He traído conmigo un carruaje, dijo con precipitación, á más del en que he venido, porque no hay momento que perder: es necesario, señora, que venga Vd. á la quinta; el marqués se muere, y la llama á Vd. con ansia.

— ¡Que se muere ese infame! exclamó Margarita con una expresión y un acento que me aterraron: ¡que se muere robándose al patíbulo! ¡y yo no le veré en él!

— Ah señora, señora, exclamó M. Rouget, el marqués ha recobrado la razón, agoniza y su agonía es horrible! ¡cuatro criados no bastan á sujetarle! brama, ruge, llora, dice cosas horribles, blasfema y la llama á Vd. sin cesar. El cura de Santa María, á quien se ha llamado para que le auxilie, para que puedan salvarle, no consigue nada: el marqués no quiere confesar si Vd. no va, y el médico dice que el marqués se marcha rápidamente: por el amor de Dios, señora, venga Vd.

— ¿Es este un lazo que se me tiende? dijo Margarita.

— ¡Ah no! ¡no señora! ya sabe Vd. que yo siempre la he sido leal: que jamás he dicho al marqués que Vd. salía todas las noches, ni que tenía casa en Madrid, ni que amaba.

Y M. Rouget me miró.

— Usted no puede, no debe desconfiar de mí, dijo M. Rouget: y si yo suplico á Vd. que venga, no es por el marqués, no por cierto: el marqués tiene el privilegio de hacerse aborrecer de todo el mundo: es por Vd., señora: el marqués habla de reparaciones, de revelaciones, y no quiere revelar nada á nadie, á nadie más que á Vd., y sobre todo, que acompañe á Vd. este caballero, que la acompañe quien quiera, y si es necesario para que Vd. se tranquilice, la presencia de una autoridad cualquiera...

— No... no... dijo Margarita terriblemente sobreexcitada: iré: espere Vd.

Y desapareció por una puerta de servicio.

CC.

— ¡Caballero, caballero! me dijo M. Rouget dirigiéndose á mí con un calor extremado apenas hubo salido Margarita: es necesario que Vd. interponga para con la señora toda su influencia.

— ¡Mi influencia!

— Sí, señor: yo lo sé todo: todo me lo ha dicho Pedro: el cochero que lleva y trae á la señora: sé que antes de anoche estuvo Vd. en el palco de la señora: que anoche estuvo la señora al lado de Vd. desde las doce hasta el amanecer: por último, le encuentro á Vd. en su gabinete á la media noche: esto me basta para saber que la señora está completamente decidida por Vd., yo la conozco bien: Vd. puede hacer de ella cuanto quiera: es necesario salvar las apariencias, señor: es necesario que la señora ceda, que se dé por satisfecha con la terrible muerte del marqués, porque de no, pueden suceder cosas espantosas: el marqués es terrible.

— Silencio: la señora se acerca, dije á M. Rouget.

— ¿Pero puedo confiar?... mi interés es por ella.... prométame Vd.

— No sé hasta qué punto llega mi influencia con la señora: haré lo que pueda.

— ¡Ah! ¡gracias!

Margarita se presentó entonces.

Venia completamente de luto.

Con aquel traje negro, contrastada enérgicamente por él su blancura, conmovida, excitada, febril, la belleza de Margarita había crecido de tal modo que parecía sobrenatural.

Representaos si podeis á un arcángel vengador humanizado, y tendreis una idea aproximada de lo que entonces parecía Margarita.

— ¿Dice Vd. que ha traído un carruaje, M. Rouget? dijo.

— Sí, sí, señora: la carretela negra: yo he venido en la berlina azul.

— Déme Vd. el brazo, Andrés.

Di el brazo temblando á Margarita.

A pesar de sus ropas y de las mias sentía el calor excesivo que emanaba de su brazo.

CCI.

Entramos en el carruaje que partió inmediatamente seguido por el que ocupaba M. Rouget.

El carruaje corria cuanto podía, que era mucho, porque los caballos eran excelentes.

En menos de media hora llegamos á la quinta del marqués.

Durante este tiempo ni una sola palabra me había dicho Margarita.

Yo no me había atrevido á hablarla.

Sentía un remordimiento agudo por haber sido coharde y egoísta.

Por haber levantado el velo que cubría el horrible misterio de su origen.

Acaso el amor de Margarita desde aquella insensata revelación, se había convertido para mí en odio.

Y este temor me aturdió, me helaba la sangre, me martirizaba de una manera lenta haciéndome sufrir una ansiedad infinita.

Sentía junto á mí su sobresaliente aliento.

La sentía replegada en un rincón del carruaje, y como pesadisa de no poder estar más lejos de mí.

Yo lo creía así al menos.

Y creyendo esto agonizaba.

CCH.

Sin embargo, cuando paró el carruaje Margarita me dió una prueba de que no había perdido su amor.

— Andrés, me dijo cuando ya un criado había abierto la portezuela: no entre Vd., quédese Vd. aquí.

— ¿Y porqué?

— Temo... lo temo todo... no he debido venir... Andrés, si tardo dos horas en volver sálveme Vd., y si llega Vd. tarde para salvarme, véngame Vd.

— Iré con Vd.

— No, no: si ha de suceder una desgracia que me suceda á mí sola... ¡pero Dios mio! aunque Vd. se quede aquí... la noche es oscura, estamos ya encerrados, pueden... ¡oh! sí: venga Vd. conmigo: que lo que haya de ser de uno lo sea de los dos... y luego... podremos protegernos mutuamente... quiero que no me pierda Vd. de vista... porque sobre todo deseo que no pueda Vd. dudar de mí. Vamos, y sea lo que Dios quiera.

— Una palabra: ¿no he perdido el amor de Vd.?

— ¡Ah! no: ahora le amo á Vd. más que nunca.

Y por una atracción irresistible, mutua, nuestros alientos se mezclaron, y sentí los húmedos y ardientes labios de Margarita unidos á los míos.

— El último acaso, exclamé aterrado.

— ¡Oh! no lo quiera Dios: vamos, Andrés.

Bajé, la di el brazo, bajó del carruaje, y asida á mí subimos las gradas del peristilo.

CCIII.

El soportal, las escaleras, las galerías, estaban completamente alumbradas, subían y bajaban criados con vasos, con medicamentos.

M. Rouget nos precedía salvando los escalones en dos saltos.

Nos llevó atravesando algunos salones magníficos á un pequeño gabinete, donde había tres personas.

No conocía á ninguna, ni Margarita tampoco.

Eran un eclesiástico, un médico y un escribano.

Margarita se había dominado completamente.

La manera que tuvo de anunciarnos M. Rouget, nos demostró que sabía todos los secretos del marqués, y que había ejercido sobre nosotros un completo espionaje, puesto que sabía mi nombre.

— Doña Margarita de Fonseca, mi señora, dijo, sobrina del señor marqués, y el señor don Andrés de Zayas, amigo íntimo de la casa.

Las tres personas á quienes acaba de anunciarnos M. Rouget, que salió inmediatamente, se levantaron y nos saludaron.

— Buenas noches, señores, dijo Margarita con un dominio sobre sí misma y una expresión que me espantaron: ¿qué sucede? me han dicho que mi tío...

— El señor marqués, dijo el eclesiástico, está en una situación gravísima.

— Se va por momentos, dijo el médico.

— Habla de revelaciones, de herencias, de restituciones, y pide llorando ó gritando que busquen á su sobrina.

— ¿Con que era verdad? exclamó Margarita.

— Desgraciadamente es verdad, señora, dijo el eclesiástico: el señor marqués sufre mucho, y ya que según él mismo dice puede Vd. aliviar sus sufrimientos...

— Y... ¿de qué muere?... dijo Margarita.

— No lo sé, señora: solo he encontrado en él una excitación nerviosa tan grave, tan caracterizada, tan aguda, que ha resistido á la aplicación de todos los medios de que dispone para estos casos la ciencia: no puede asegurarse si morirá ó no: se sabrá en un momento decisivo, en una crisis: todo pues puede esperarse, todo pues debe temerse.

— Afortunadamente, señora, el marqués ha testado,

en una sola cláusula, pero explícita, terminante, dijo el escribano con acento meloso y sonrisa sutil y adulatoria; permanezco sin embargo aquí, porque el marqués ha hablado de ciertas formalidades.

— Exijo pues, señora, que acceda Vd. al deseo del señor marqués que anhela verla: que se niega á prepararse si no la ve, dijo el eclesiástico.

— Sí, sí; dijo Margarita: iremos juntos, Andrés: acompañeme Vd.

CCIV.

Salimos de aquel gabinete.

Fuera encontramos á M. Rouget.

— ¡Oh, gracias, señora! dijo Margarita: gracias por haberse prestado á salvarnos, á salvarse.

— ¡A salvarme! exclamó Margarita.

— Sí, si por cierto, dijo M. Rouget, precediéndonos por habitaciones enteramente desiertas: el marqués ha tenido un momento, único acaso en su vida, de dolor por lo que ha hecho: bajo la influencia de ese momento ha hecho llamar á un sacerdote y á un escribano: ha otorgado testamento instituyendo herederos universales de sus bienes á Vd. y á su hermana..... porque Vd., señora, tiene una hermana.

— Lo sé, dijo Margarita.

— Ignoro cómo haya podido saberlo Vd.: todo lo que sucede es extraordinario: en fin, bajo la influencia de un buen pensamiento, el único acaso que ha tenido en toda su vida, el marqués ha devuelto á Vd., bajo la forma de herencia, todo lo que había robado á sus padres: ¡robado! esta es la expresion: hablo así delante de este caballero, porque sé en lo que esto vendrá á parar: se unirán Vds.: estoy seguro de ello: en cuanto muera el marqués: y se muere á tiempo, eso sí: pero es necesario evitar que nadie le vea morir.

— ¡Cómo! exclamé.

— ¿Qué dice Vd., M. Rouget? dijo sombríamente Margarita.

— Desde muy temprano, contestó M. Rouget, el marqués tiene á Satanás en el cuerpo: es mucho picaro: claro, señorita, claro: llegan momentos en que es necesario decir la verdad: — y M. Rouget se detuvo y puso sobre un velador la palmaria que llevaba en la mano — estamos ya cerca de la habitación mortuoria, porque el marqués muere muy pronto... de seguro... y es bueno que yo diga á Vds. lo que tengo que decir. Yo no he sido un santo, ni mucho menos, y la prueba de ello es la ciega confianza que en mí ha depositado el marqués: yo aprendí la cocina á bordo de un negrero, francamente, es verdad: y cuando empecé á ser cocinero, ya era un buen piloto, y me daba lo mismo ponerme al gobernalle que á la hornilla: lo mismo matar á un hombre que cocer á una langosta: es verdad, todo esto es muy cierto: en mis buenos tiempos, me hubiera importado muy poco que el marqués hubiera hablado ó no: como que hubiera yo largado rizos y tomado la vuelta de afuera con todos los trapos, antes de que hubiera podido ganarme el rumbo ningun crucero: pero ahora es distinto, señorita: soy algo viejo, me he apoltronado mucho, y no podría largarme si me daban caza: el marqués me ha amenazado con declarar el cargamento que tenemos á bordo de la conciencia, y es menester que el marqués no pueda declararlo: esto es asunto mio: pero conviene para recalar en ciertas bahías que le den á uno convoy barcos de patente limpia, y que no huelan ni por asomo á sospechosos: y por eso yo entro en el dormitorio del marqués, convoyado por Vds. dos, señores, y para hacerles un favor.

— Hable Vd. de modo que pueda comprenderle, dijo Margarita.

En cuanto á mí, veía con una repugnancia instintiva á M. Rouget, bajo el nuevo punto de vista que se nos presentaba: había desaparecido el cocinero y en su lugar encontrábamos al pirata.

— Pues claro, sí: señorita, dijo M. Rouget: entre el marqués y yo que hemos sido y somos dos grandes bribones, ha habido un cambio completo de secretos, además de la complicidad que hemos partido mas de una vez: yo puedo perder al marqués, pero el marqués puede del mismo modo perderme á mí: y como cree que se muere y no ha dejado de ser malo mas que un solo momento y eso por milagro sin duda, durante cuyo momento ha nombrado á Vd. y á su hermana sus herederos universales por ante escribano; arrepentido sin duda de esta buena accion, quiso deshacerla: pero estaba yo allí: así al escribano, le saqué en brazos, y me encerré con el marqués: pero daba unos gritos... fué menester prometerle que iria por Vd.: prometerle que la engañaría á Vd., pero le dije tambien: si cuando yo venga con ella ha dicho V. E. una sola palabra que pueda comprometeros, ni ve V. E. á la señorita, ni á mí, que haré de escapar para que la justicia no se entretenga en preguntarme lo que no la importa.

— No comprendo á Vd. todavía.

— Quiero decir, dijo M. Rouget, que el marqués no se muere: el médico se ha engañado: ha sido un ataque violento: pero ha pasado, está mejor: yo lo sé bien: y por desgracia ha recobrado el juicio: es menester que el marqués no hable.

— ¡Oh! si el marqués no muere, dijo Margarita, hablaré yo.

— ¡Ah! ¡que hablará Vd.! dijo sombríamente M. Rouget: ¡es decir, que estamos entre dos desesperados!

— ¿Qué es esto? dije á M. Rouget que empezaba á adoptar un tono insolente.

— Esto es, caballero, me dijo mirándome con fijeza, que aquí puede suceder algo poco agradable. El marqués desde que sabe que la señorita no está cautiva como creía se ha enfurecido de tal modo, que el furor le ha puesto á la muerte y le ha vuelto la razon: cree que se muere, y quiere morir como ha vivido, siendo un infame: si se le deja hablar con alguien...

— No acabo de comprender á Vd., dijo con impaciencia Margarita.

— Pues voy á explicarme claramente: Vd., señora, conoce todos los secretos del marqués.

— ¿Y bien?

— Usted ha encubierto sus crímenes...

— ¡Yo! ¡sí, es verdad! pero acabemos.

— El marqués, creyendo llegada su última hora, puede hacer revelaciones: puede acusarnos de complicidad con él...

— ¡Ah! exclamó Margarita: yo me adelantaré: yo tambien deseo...

— ¿Y quién pone en claro nuestra inocencia? ¿cómo desenmarañan el enredo que deje urdido el marqués? ¿cómo no temer que una larga prision, uno y otro interrogatorio nos hagan caer en contradicciones que pueden traer sobre nosotros una condenacion deshonorosa? La verdad es, por duro que sea confesarlo, que ocultando los crímenes del marqués tenemos en ellos cierta complicidad.

Margarita calló aterrada bajo la inflexible lógica de M. Rouget.

Yo quise intervenir:

— Dispénsame Vd., caballero, me dijo M. Rouget: nadie mas que yo respeta y estima á la señorita: nadie mas que yo ha tenido compasion de ella y la ha procurado momentos de libertad en que podía respirar un aire mas puro que el que se respiraba en esta maldita casa al lado de un loco terrible: pero los sucesos están sobre las criaturas: deciden de su conducta: la señorita, que hace muy poco tiempo sin duda, no sabia de quién era hija, ni adivino cómo haya podido saberlo, anhela una venganza justísima contra el asesino de su padre: la tendra, la tiene ya, pero no por medio de la justicia de la tierra: á esta no puede llamársela contra el marqués sin que la señorita la llame contra sí misma, y de rechazó sobre mí: estas son deducciones que no admiten réplica: hay enmarañamiento: si doña Margarita, si don Luis hubieran denunciado el asesinato de don Lorenzo... hubieran evitado todo esto... pero se hicieron cómplices ayudando al marqués á ocultar aquel crimen.

Margarita lanzó un gemido.

— ¡Olvida Vd., M. Rouget, que la señora es hija de don Lorenzo?

— No lo olvido: por lo mismo debe vengarse.

— Sí, vengarme: lo anhelo, dijo Margarita cuyos ojos centelleaban: pero ¿cómo?

Me pareció que empezaba á condensarse al rededor de nosotros, sobre nuestras cabezas la atmósfera de un nuevo crimen, y me acometió un terror vago, frio.

Estaba dominado.

Parecia que mis piés se habian adherido al suelo.

Que mi cabeza se habia llenado de un humo denso.

Que mi lengua se habia pegado á mi boca.

Veía, oía, sentía, pero de una manera pasiva.

Habia perdido por completo mi actividad.

Margarita estaba trasformada.

A cada momento que pasaba parecia mas el arcángel de la venganza descendido sobre la tierra con la cólera del Señor.

CCV.

M. Rouget miraba á Margarita, y sus delgados labios sonreían de una manera sesgada, repugnante.

Sus ojillos parecían flamear no sé qué fuego sombrío.

— ¡Mi padre asesinado por ese monstruo! exclamó penosamente Margarita: y yo le vi... y nada me dijo que aquel hombre que yo veía sucumbir bajo una cobarde traicion era mi padre... y aquel incendio... ¡oh! yo necesito atormentar dia por dia, hora por hora, minuto por minuto á ese hombre... yo quiero que viva... me ama... me ama... ¡oh! ¡yo me vengaré!

Sentía una agonía insoportable al escuchar estas palabras de Margarita, tras las cuales se trasparentaba una intencion horrorosa para mí, que la amaba con toda mi alma.

— Sí, sí: de una manera ó de otra, dijo con voz ronca y lúgubre M. Rouget, es necesario vengarse: pero por el momento hay necesidad de engañarle: que esos hombres que están ahí le vean tranquilo: que el médico le crea salvado de la crisis: que no vuelvan mas: debemos alejar de aquí á los extraños, y cuando nos quedemos solos con él... se entiende, don Andrés, que á Vd. no se le cuenta en el número de los extraños... de ningun modo... Vd. hara causa comun con nosotros: ama Vd. demasiado á la señorita para que no sea Vd. digno de toda nuestra confianza.

— Andrés, me dijo Margarita tendiéndome la mano, recuerde Vd. que debo vengar á mi padre, y no reniegue Vd. de mí, no piense Vd. mal de mí.

— ¡Oh! don Andrés nos ayudará, dijo M. Rouget: don Andrés es ya casi esposo de Vd.: ¡oh! don Andrés va á deberme mucho.

Y M. Rouget repitió su sonrisa maldita.

— Pero, añadió, estamos perdiendo el tiempo, y el marqués espera desesperado; es verdad que aun-

que grite nadie oirá: los criados están lejos, y esas gentes al otro extremo de la quinta. Estamos completamente libres: pase Vd., señorita, pase Vd.: nada tema. Vd.: don Andrés y yo no la perderemos á Vd. de vista. Dos habitaciones mas allá está el marqués.

Margarita vaciló un momento.

Luego se encaminó de una manera decidida á una puerta y desapareció por ella.

En aquel momento un reló de sobremesa marcó las tres.

Mis nervios se crisparon al sonido estridente, desahucible, agudo de aquella campana que parecia dejar tras sí en su vibracion algo de fatídico.

Mi cabeza se perdía: me sentía morir.

CCVI.

Apenas hubo salido Margarita, M. Rouget me asió de la mano y me arrastró consigo con una fuerza que nunca hubiera yo podido suponer en aquel hombrecillo.

— Es necesario que no la perdamos un momento de vista: es necesario que tú que la amas y yo que la temo estemos á su alcance: ¡oh! ¡oh! esto no tiene nada de extraño: uno mas: ¿acaso no vivimos de lo que matamos? Un hombre ó un carnero, ¿qué mas da?

M. Rouget se habia quitado la careta, me dejaba conocer lo que iba á sobrevenir.

— La venganza de las mujeres, exclamó dejándome oír estas palabras que yo percibía aunque las pronunciaba en voz muy baja y como para sí mismo mientras me colocaba tras la cortina de damasco en una puerta: ella quiere que viva para atormentarle con su hermosura, con el continuo suplicio del que muere de sed y toca con sus labios el agua que se le escapa, que se le escapa siempre... ¡ah! ¡ah! y un dia ese hombre puede... puede hablar... revelar... ¡oh! ¡no! no sucederá nada, los testigos de su agonía están aquí...

Y M. Rouget permanecía asiendo fuertemente mi brazo, sujetándose y pronunciando entre su ronco aliento sordas palabras que yo no podía entender ya.

CCVII.

Y mientras habia escuchado el horrible razonamiento de M. Rouget, mientras percibía aun su aliento ronco, abrasado, mis ojos abarcaban una habitacion extensa y sombría, á que daba entrada la puerta tras cuyas colgaduras estábamos ocultos M. Rouget y yo.

No he olvidado ni un solo detalle de aquella habitacion.

Las tapicerías, los muebles, los adornos, los cuadros, todo era bello, todo de colores vivos, todo gracioso, todo ligero como si hubiera sido elegido, compuesto, ordenado por una mujer aficionada á lo risueño, á lo fresco, á lo grato: la hermosa luz de un dia de primavera en Andalucía penetrando por sus tres anchos balcones, hubiera hecho resplandeciente á aquel aposento.

Pero entonces era de noche.

En una chimenea situada al fondo solo se veía un punto de fuego sombrío sobre un tizon requemado: sobre un velador un gran quinqué, cubierto con una enorme pantalla verde agonizaba, y su débil luz apenas bastaba para determinar de una manera infirme los objetos.

(Se continuará.)

Alocucion del emperador á las tropas de la expedicion de Siria.

El emperador ha pasado algunos dias en el campamento de Chalons, donde segun costumbre se han efectuado en su presencia grandes maniobras militares. El *Monitor* ha publicado la siguiente correspondencia fechada el 14 en el campo de Chalons:

«Esta mañana, á las diez, ha pasado el emperador revista de marcha á los regimientos de infantería 5ª y 13ª, y al primer escuadron del 1º de húsares. Estas tropas, destinadas á Siria, presentaban el aspecto mas marcial.

» Antes del desfile, S. M. ha distribuido algunas cruces y medallas; las tropas se hallaban formadas en cuadro, y el emperador ha pronunciado la siguiente alocucion:

« ¡Soldados!

« Marchais á Siria, y la Francia saluda con júbilo á una expedicion que solo tiene un objeto: hacer triunfar los derechos de la justicia y de la humanidad.

» No vais en efecto, á hacer la guerra á una gran potencia cualquiera, sino á ayudar al sultan á hacer entrar en la obediencia á subditos obcecados por un fanatismo de otro siglo.

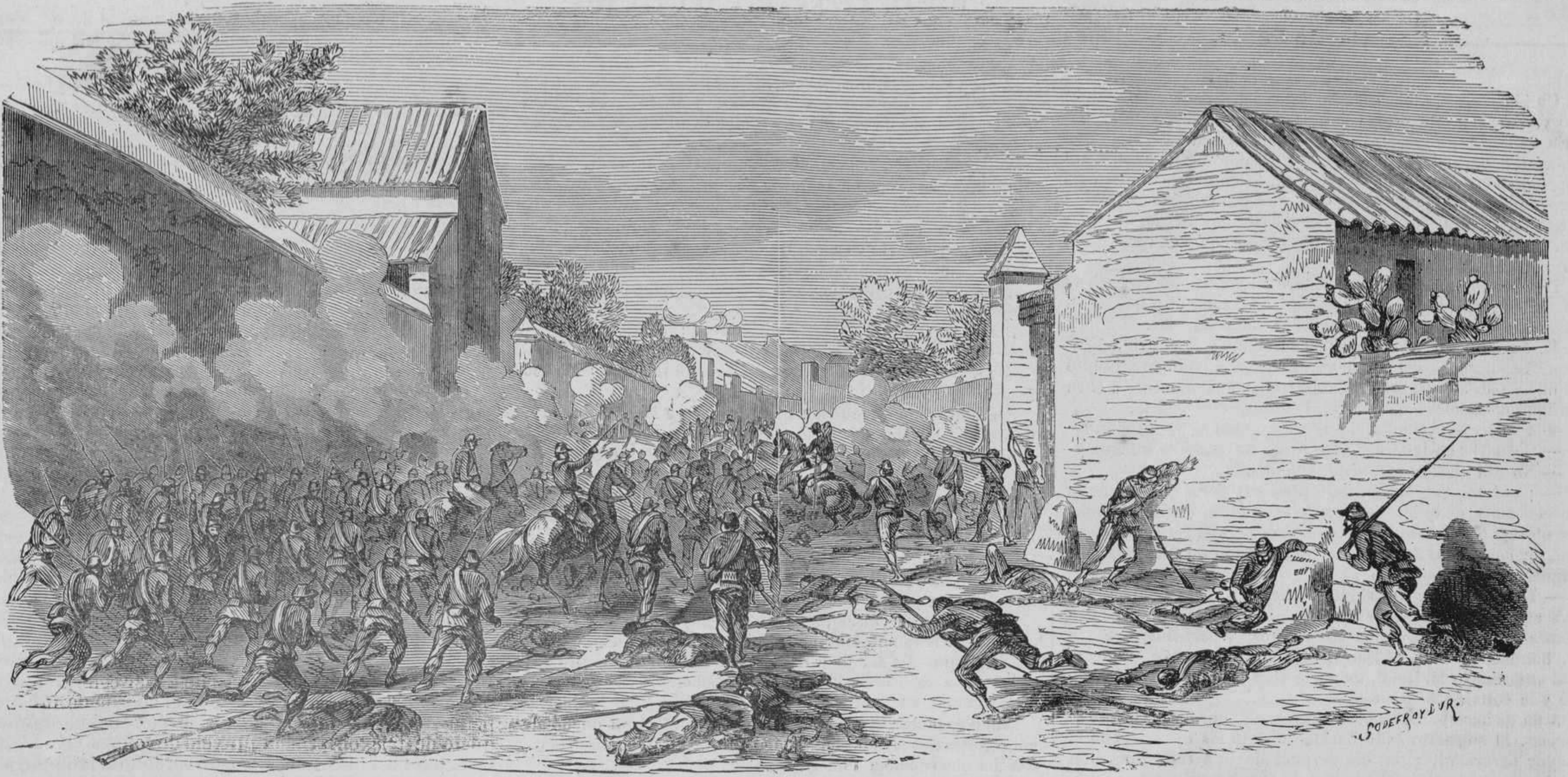
» En esa tierra lejana, rica en grandes recuerdos, cumplireis con vuestro deber y os mostrareis dignos hijos de los héroes que tan gloriosamente llevaron á ese pais el estandarte del Cristo.

» No vais en gran número, pero vuestro valor y prestigio suplirán á él, pues por do quiera que se ve pasar en el dia la bandera de la Francia, las naciones saben que va precedida de una gran causa y que un gran pueblo la sigue.»

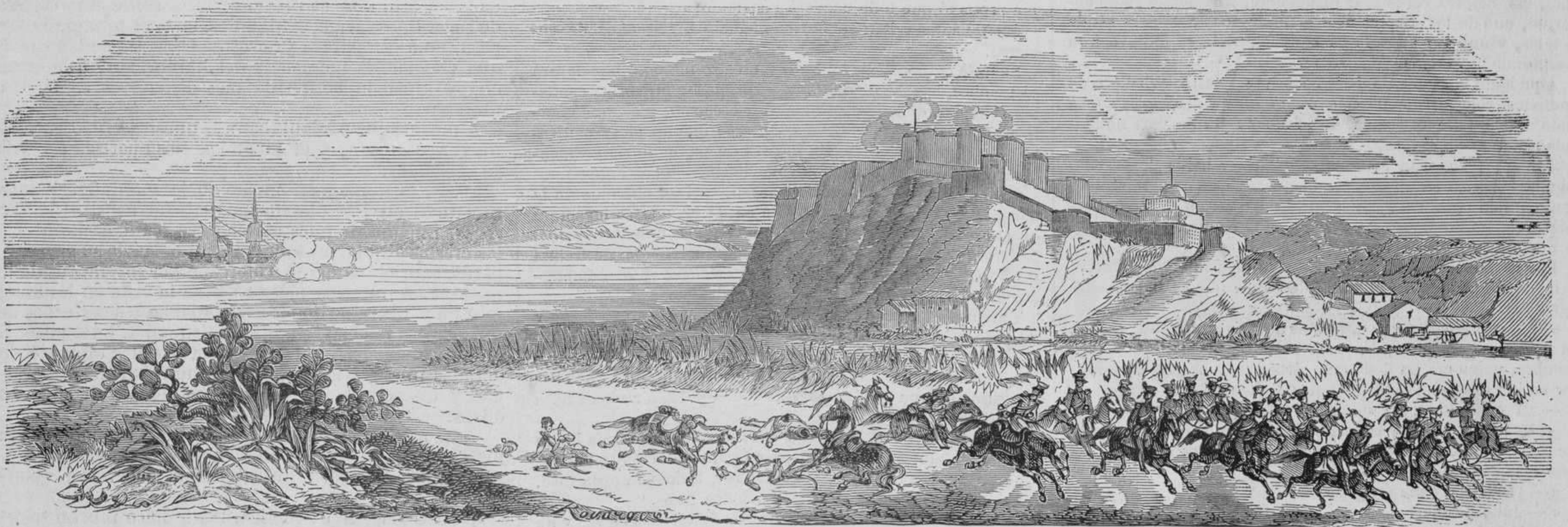
» Despues de estas palabras se ha verificado el desfile en medio de aclamaciones entusiastas de: *Viva el emperador.*»



CAMPAMENTO DE CHALONS. — ALOCUCION DEL EMPERADOR A LAS TROPAS DE LA EXPEDICION DE SIRIA.



PELEA EN EL CAMINO DEL PUENTE DE MILAZZO.



CABALLERIA NAPOLITANA PUESTA EN FUGA EN EL COMBATE DE MILAZZO POR LA ARTILLERIA DEL VELOCE.



CAMPAMENTO DE LA DIVISION COSENZ, PORTA MESSINA, EN MILAZZO.

Revista de París.

Un joven escritor francés, M. Julio Barbier, ha estado siendo víctima durante mucho tiempo de un caballero de industria de los más audaces, llamado Juan Bautista Barbier, que aprovechándose de la identidad del apellido, se ha dado á representar la persona del escritor tanto en París como en las provincias. El último acto de esta comedia criminal ha tenido lugar en Angers, donde ha sobrevenido también su desenlace. La historia es complicada; pero trataremos de reasumirla brevemente.

En diciembre último, un forastero se presentaba en casa de M. Julien, ex-provisor del colegio de Argel, diciéndose su discípulo y dándose el nombre de M. Julio Barbier.

M. Jubien le reconoció por su discípulo y le convidó á comer. Ya estaban para sentarse á la mesa cuando se presentó el hijo de M. Jubien, que es abogado, y declarándose á él su antiguo compañero de colegio, le abraza con alegría.

— Y bien, le pregunta el abogado, ¿cuál es tu posición?

— ¡Cómo! ¿Lo ignoras? ¿De veras no conoces mi fama?

— No por cierto; explícate, amigo mio.

— ¡Ay! mi querido amigo; pues soy nada menos que el Julio Barbier de quien habla todo el mundo; el que ha compuesto los libretos de las *Noces de Jeanette*, del *Pardon de Ploermel*, de *Philemon et Baucis* y de otra porción de piezas que es imposible no hayas visto.

— Te felicito por tus triunfos, responde el abogado.

Y aquella misma noche conduce al autor favorito al teatro donde le presenta á todos sus amigos, y particularmente á M. Bonesserre de Saint-Denis, redactor de la *Union de l'Ouest*, y al empresario M. Rouff, quien le abre las puertas de su teatro y le convida á su mesa.

A fin de hacerle más honor dispuso algunos días las *Noces de Jeanette*. El supuesto Julio Barbier dirigió los ensayos con la mayor severidad, y un día después de una representación echó una reprimenda al director de orquesta diciéndole:

— Ha estropeado Vd. la música.

Desde entonces Barbier se hizo el niño mimado de la ciudad, las mejores casas se le disputaban, y habiendo caído enfermo, uno de los sujetos más distinguidos de Angers acude á verle, y una vez entrado en convalecencia se le lleva á su castillo de la Perrine.

Aquí llegó el momento de la cosecha; nuestro caballero de industria relacionado de este modo pide dinero prestado á todo el mundo, á M. Jubien, á su fonsista y á muchas notabilidades de la población.

Sin embargo, esta conducta de Barbier había despertado algunos recelos en su antiguo compañero de colegio el abogado, quien escribe á París al portero del verdadero Julio Barbier, preguntándole si este se halla en la capital.

El portero responde afirmativamente.

Por el mismo tiempo M. Bonesserre de Saint-Denis vuelve á la ciudad de regreso de un rápido viaje que acababa de hacer á París.

— El Julio Barbier que tenemos aquí es un tunante, dice á su amigo el abogado; he visto en París al escritor de ese nombre, quien me ha dado una carta para que podamos meter en la cárcel al que abusa tan indignamente de su fama.

— ¿Y cómo lo ha descubierto Vd.?

— De un modo muy sencillo. Hallábase de visita en casa de Mme Ugalde, y la decía que teníamos ahora en Angers á uno de sus autores favoritos.

«— ¿Quién es? me preguntó.

»— Julio Barbier.

»— Usted se chancea, repuso Mme Ugalde; ¿cómo es ese señor?

»— Muy moreno.

»— Pues justamente el que yo conozco es muy rubio. ¿Y la estatura?

»— Pequeña.

»— Pues el otro es un granadero. Voy á escribirle dos renglones y le verá Vd.»

Efectivamente escribió una esquila, vino Julio Barbier, quien se irritó hasta lo sumo, y me suplicó hiciésemos prender al caballero de industria.

Algunos instantes después el supuesto Julio Barbier estaba encarcelado.

Hé aquí ahora su historia, su verdadera historia. Juan Bautista Barbier nació en Marsella en 1830 de una familia honrada; se casó en la misma ciudad en 1850, tuvo tres hijos y abandonó á su mujer en 1852.

En el año siguiente fué encausado por falsificador; más tarde fué condenado en Lyon por estafa, y en 1858 lo fué en París en rebeldía á dos años de encierro por el mismo delito.

De 1852 á 1860 su vida no fué más que una larga serie de viajes y de maldades. En 1857 aparece en Argelia en relaciones con dos especuladores á quienes persuadió que ha descubierto en la Kabilia una ciudad romana. Con este motivo les saca dinero y huye.

Posteriormente se presenta en Argel, hace conocimiento con un sugeto llamado M. Fabre, á quien estafa 500 francos.

Barbier regresa á Francia; cae malo en Lyon, y durante su permanencia en el hospital, piensa en presentarse con el nombre de Julio Barbier, el autor á la moda.

Poniendo en ejecución su proyecto, los internos del hospital le creen y le prodigan sus cuidados; — el estafador les recompensa robándoles los libros de medicina.

En mayo de 1858 encuentra en París á un antiguo compañero de colegio que era oficial; éste le recoge y le lleva á vivir á su mismo cuarto: Barbier le roba sus charreteras y las vende. — Pero debemos renunciar á una enumeración que si hubiera de ser completa se prolongaría demasiado.

Lo que sí haremos es trasladar íntegra á continuación, la declaración dada en la audiencia por M. Julio Barbier, que dice lo siguiente:

«Hace cinco años tuve el primer aviso de la existencia de

ese sugeto que había tomado mi nombre para cometer estafas, para correr aventuras galantes, para hacer ensayar y representar piezas mías en las provincias.

A mí me llegaban cartas de mujeres que me reconvenían porque había faltado á mis promesas, y sobre todo recibía pagarés y letras de cambio que no había ni suscrito ni autorizado.

En suma, me hallaba en una situación de las más penosas, tanto más cuanto que á pesar de mis quejas á la policía no se podía descubrir al autor de esas hazañas.

Un día se presentó en mi casa un sastre, amigo de un tal M. Martel residente en Lille, que vino á recordarme las relaciones amistosas que yo había tenido con este último.

Yo me quedé estupefacto al oír contar las cosas que me atribuían.

Por fin interrumpí al sastre diciéndole:

— Creo que en todo esto habrá un negocio de intereses.

— Si, señor, contestó el sastre; hé aquí un pagaré de 600 francos que vengo á cobrar.

Era el otro quien le había firmado; así se lo dije al sastre, y presenté una nueva queja á la policía.

A poco tiempo me presentaron una carta que estaba concebida en estos términos:

«Es Vd. un miserable; después de haber vivido á mis expensas, me ha robado Vd., y si no me paga, estoy resuelta á denunciar á Vd. á todos los críticos y al director del Teatro Lírico como un canalla.»

Yo me puse pálido de indignación al leer estos renglones: miré la firma y solo vi las iniciales C. M.

Me fui al Teatro Lírico, y en la conversación salió á relucir el nombre de Celina Mathieu. Al instante pensé que la carta en cuestión podía ser de esta actriz, y habiendo indagado las señas de su casa, me presenté y dije á su criado:

— Anuncie Vd. que está aquí el verdadero Julio Barbier.

Difícil es pintar la sorpresa de la cómica, que se quedó algunos instantes silenciosa, y luego me contó todas las fechorías del que se había dado mi nombre.

Algunos días más tarde recibí la carta de M. Jubien, abogado en Angers, y vi en casa de madama Ugalde á M. Bonesserre de Saint-Denis; entonces se descubrió todo, y ahora me prometió que todo quedará concluido.»

Juan Bautista Barbier fué condenado á seis años de encierro.

Se trata de construir en París un teatro inmenso que llevará el nombre de *Teatro Anglo-francés*, primero porque los capitales británicos deben contribuir á su erección, y segundo porque además de los distintos géneros que en él se cultivarán, figurará una compañía inglesa de pantomimas y espectáculos coreográficos desconocidos hasta el día en Francia.

Si el proyecto, que según aseguran, casi ha obtenido ya la aprobación oficial, se lleva adelante, el edificio se levantará en la esquina del boulevard Bonne-Nouvelle y de la calle del faubourg Saint-Denis con una fachada monumental de treinta y un metros de altura. Su plano será circular y se compondrá de un cuerpo principal con dos pabellones.

Tenemos á la vista una Memoria que contiene una larga y minuciosa descripción del proyecto; según ella todo será grandioso en este teatro, tanto en el exterior como en el interior. Limitándonos á las disposiciones interiores, diremos que ellas realizarán de una vez las mejoras que el público reclama hace tanto tiempo.

Las localidades serán anchas y cómodas; entre cada hilera de sillones habrá un corredor para facilitar la circulación.

Los palcos, las puertas, las escaleras, todo será espacioso.

Habrà un patio, un entresuelo y cuatro pisos.

Se utilizará la luz eléctrica para los efectos escénicos, y un sistema hidráulico suministrará las aguas naturales para completar la ilusión en las piezas náuticas.

El escenario será de dimensiones enormes.

Habrà salones para los artistas y para el público, con una galería que será una exposición permanente de cuadros de pintores contemporáneos.

Se ejecutarán en este teatro dramas, comedias, vaudevilles, pantomimas y el gran espectáculo coreográfico inglés.

El drama pertenecerá con preferencia al género histórico, y para mantenerle en esta vía se pondrá á concurso de tiempo en tiempo un argumento sacado particularmente de los anales franceses. Un jurado competente dará su fallo sobre el valor relativo de las obras bajo el doble punto de vista del arte y de la verdad histórica.

Todas las glorias de la humanidad se irán evocando sucesivamente: grandes inventores, grandes capitanes, grandes artistas, grandes políticos, Salomon de Causs, Catinat, Parmentier, Jenner, Daguerre, Washington, Goethe, Cristóbal Colón, etc.

«Se dirá quizá, añade la Memoria, que el pueblo no será aficionado á esta clase de espectáculo, y preferirá siempre las funciones de pura distracción á que concurre siempre. No hay duda que la distracción es muy necesaria al hombre que ha pasado toda la semana trabajando, y quiere divertirse el domingo; pero la creación de un teatro histórico fundado especialmente en su interés moral, no le pondrá en la obligación de abandonar los otros teatros; alternará entre el género serio y el género divertido: acudirá á reírse y á instruirse con igual empeño.»

Efectivamente, el pueblo tiene también instintos elevados. Siempre que en los teatros de París se dan funciones gratuitas, merecen la preferencia popular aquellos teatros donde se cultiva un género más elevado, y á los cuales quizá no concurre con tanta frecuencia como á los otros por la diferencia de los precios.

El autor del proyecto en cuestión es M. Ruin de Fyé, quien desde hace veinte años trabaja en sentar sus bases. Estudios preparativos, viajes, gastos de toda especie, todo lo ha hecho con gusto para llevar adelante su idea.

Se dice que cuenta en el día con nueve millones de francos para la realización de su obra, recogidos tanto en Francia como en Inglaterra: si así es, pronto veremos el principio

de esta construcción colosal, y París tendrá al fin un teatro espléndido, un teatro al que podrán concurrir seis mil espectadores.

MARIANO URRABIETA.

La heroína de las guerras del Líbano.

«Nada por todos, todo por uno ó por... una.»

No conozco espectáculo más encantador que esas bellas mañanas del Oriente que ofrecen en pocos instantes una sucesión de panoramas infinitamente variados; cuadros sin objetos en los que solo la luz forma su encanto. Encanto móvil que ningún pintor podrá trasladar al lienzo, que le fija, como uno puede, en la memoria y le encuentra más tarde, cerrando los ojos, con su magia ardiente, aunque pasajera.

La princesa Mirana, Ben-Ismael, jefe druso, la comitiva y yo nos perdimos en las estrechas sendas de la montaña. La primera marchaba á la cabeza de aquella pequeña escolta. Cuando el camino no se ensanchaba nos colocábamos á su lado; pero la mayor parte de las veces teníamos que desfilas uno tras otro. Yo experimentaba una turbación secreta al ver ondular su velo. Ella, de cuando en cuando, se volvía hacia nosotros.

Esta heroína del Líbano era muy joven: sus facciones no acusaban aun veinte años: su traje oriental, tan á propósito para hacer resaltar la majestuosa y poética belleza de la mujer, nada tenía de los drusos ni de los maronitas; era una mezcla de trajes turco y árabe, combinados con elegancia. En vez de llevar como la mayor parte de las mujeres del Líbano, el cuerno de oro ó de plata sobre la frente, dejaba caer por encima del casquete de tela encarnada un velo de colores vivos, que recogido hacia las sienes por un cordón de lana púrpura, flotaba al rededor de su cabeza, cayendo en gracias pliegues sobre los hombros: su túnica corta y entreabierto dejaba ver el vestido de finísima tela bordada en oro, que se medio cerraba sobre una camisa de seda. Unos largos pantalones hasta el tobillo, daban paso, no á la rastrera y perezosa babucha de las turcas que viven en la indolencia del hareem, sino á la estrecha y ajustada botina de piés dispuestos siempre á marchar.

A medida que adelantábamos, nuestra vista abarcaba mayor extensión, y el Líbano se nos aparecía en todo su esplendor.

Luego estuvimos en medio de la montaña. Mirana se detuvo en una plataforma natural construida por rocas. Encima de nuestras cabezas los dentellones de las crestas dibujaban sobre el azul del cielo su elegante perfil, caprichosamente coloreado por los fuegos de la mañana. A nuestros piés se perdía la vista en los abismos de verdura de donde se exhalaban los perfumes de mil plantas nacidas en aquel mismo día. Extendíase á lo lejos en vistosa perspectiva la llanura tapizada de doradas mieses, las praderas sembradas de esmeraldas y un recinto fluctuante de moreras y macilentos olivos.

— Hé aquí nuestro reino, dijo Mirana extendiendo la mano. ¿No tenemos razón en querer defenderle?

— ¿No es necesario antes conquistarle? la pregunté yo.

— ¡Nos pertenece! replicó. Desde hace mucho tiempo conocemos ya á los Osmalins solo por el tributo. No les servimos y no tienen sobre nosotros más que el nombre del imperio. A nadie obedecemos sino á nuestros príncipes: y este tributo, última señal de la derrota, no le satisfaremos si Dios nos favorece.

— Esta vez, añadió Ismael, lo pagaremos con sangre.

Eran las diez de la mañana: el sol, recordando las comparaciones de nuestros antiguos poetas, se lanzaba como un gigante con la corona de oro, en la carrera del cielo. Sus rayos menos oblicuos, fatigaban á nuestros caballos.

— En la primera fuente dijo Mirana, haremos alto.

Muy pronto en un repliegue de la montaña, descubrimos una especie de lago de sombra y de frescura.

En el centro se levantaba una pequeña mezquita. Cuatro paredes verticales, blanqueadas con cal, reflejaban la luz como un ardiente reverbero. Apenas estaba indicada su modesta cúpula; tan chata era que casi enrasaba con la línea del techo. No tenía minarete, pero muy cerca, una soberbia y corpulenta palmera arrancaba del suelo á modo de flecha. Su copa se desplegaba en ramillete de hojas verdes sobre las que brillaban encarnadas frutas. Un arroyo penetraba en la mezquita por la extremidad derecha y salía por la opuesta.

— El sitio parece á propósito, dijo Mirana; descansaremos aquí.

Nos apeamos: los soldados ataron sus caballos, se extendieron las provisiones sobre el musgo y nos desayunamos á la sombra de un sicómoro.

Aun cuando Mirana fuese superior á todos los que la rodeaban, no la dispensaron ninguna de esas atenciones que en la respetuosa galantería de Occidente, son la verdadera política del corazón. La trataban como á hombre; para ellos era un compañero y nada más. Lejos de ofenderme de estas costumbres medio bárbaras, estaba mas bien tentado de regocijarme, viendo que Mirana no era para ninguno de aquellos hombres objeto de una atención demasiado delicada.

Los orientales comen de prisa. Nosotros hubimos de acabar muy pronto nuestro frugal almuerzo. Mirana nos invitó á dormir la siesta para entrar en el desierto. A excepción de ella y de mí, toda la comitiva se fué

tendiendo á la sombra, cubierta la cara con la chilava.

Yo me aproximé á la princesa.

— Estoy segura, me dijo con acento grave y pausado, que yo trastorno todas vuestras ideas sobre el Oriente. Me veis libre, en medio de estos hombres, ocupándome de intereses que de ordinario no se confían á las mujeres. Esto consiste, añadió con una sencillez encantadora, que yo no soy enteramente una mujer como las demás.

— Así lo veo, la respondí.

aparentando no cuidarse de mi respuesta, continuó:

— Hija del Líbano, tengo aquí una libertad y una independencia casi europeas. He sido educada en las ideas y costumbres de vuestro país.

— ¡Por desgracia! murmuró Ismail apoyándose sobre los codos.

— Mi madre era maronita, repuso Mirana sin hacer caso de tal interrupción, y se casó con un hermano del emir de los drusos, de quien soy la sobrina predilecta. Mi padre murió joven; mi madre no le sobrevivió sino algunos meses.

Perdí el primero en un viaje que hicimos para visitar á nuestros parientes cristianos y me quedé con ellos. No tardó mucho en estallar una de esas guerras tan frecuentes entre drusos y maronitas que devastan la montaña. La familia de mi padre me reclamó: los parientes de mi madre no querían entregarme. No había cumplido aun diez años y ya se batían por mí.

Mi madre que era cristiana me cogió en sus brazos, huyó conmigo hasta *Beyruth* y me ocultó en el convento de damas francesas.

— ¡Maldito sea aquel día! exclamó Ben-Ismael á manera de aparte. Mirana le dirigió una severa mirada. El druso se recostó refunfuñando como los perros medio salvajes.

— En el convento, prosiguió Mirana, empezó para mí una nueva vida. Descubrí cosas que jamás había sospechado. Mi padre me hizo educar en la religión de los drusos. Deseaba afiliarme á la secta de los akals. Esta palabra quiere decir sabio, añadió con una sonrisa llena de malicia y gracia, creo que hubiera tenido que hacer un largo noviciado antes de ser admitida. Mi madre que era cristiana no podía hacerme participar de sus creencias; pero á menudo, cuando estábamos solas me decía, que por encima de Ala y de Mahoma, había un Dios grande, bueno, justo, único, eterno, ante quien no eran nada todos los demás dioses.

Mi padre me repetía todo lo contrario al día siguiente, y como era paramigualmente bueno que mi madre, no sabía á quien creer. Pasé cuatro años en el convento. Debo hacer á las religiosas la justicia de que no me procuraron catequizar. Estaban encargadas mas bien de cuidarme que de instruirme. Pero hay cierto contagio en lo bueno; no pudieron defenderme contra su ejemplo; mi pensamiento se hizo católico.

Entre tanto fué descubierto mi retiro. A continuación de una tregua, mi tío quiso hacer de mí una de las condiciones del tratado de paz. Hubiera sido demasiado ridículo atizar el fuego de la guerra en el Líbano por una niña. Me entregaron y fui conducida á los drusos. Tenía entonces catorce años.

La vida oriental con su calma, su apatía y su molición, será quizás buena para las mujeres que no hayan conocido otra. Encontré la soledad en medio de la familia y el enojo en el Líbano desierto. Un acontecimiento que conoceréis mas tarde, vino á aumentar mi tristeza y mi independencia.

Ismael se volvió hacia nosotros y clavó sus ojos en Mirana. — No sabía ya, continuó la joven, en qué ocupar mis días, cuando la guerra de Ibrahim dió pábulo á mi pensamiento y objeto á mis deseos. La presencia del bajá promovía muchas cuestiones entre los nuestros, y la guerra que emprendía contra los turcos, hacia posible entre las tribus del Líbano, por largo tiempo divididas, una alianza vivamente deseada por sus jefes. No se trataba mas que de entenderse; esto debe ser una cosa fácil, siendo los intereses los mismos. Hablóse de ello delante de mí en casa del emir mi tío. Los lazos del doble parentesco me aseguraban un crédito casi igual entre drusos y maronitas. Creyóse que quizás podría yo aproximar los partidos y servir á la causa del Líbano. Muy pronto no tuve mas idea que esta. Llegó á ser el sueño de mi vida. Conocía á todos los jefes, por haberles visto en una ú otra de mis familias; á todos les estimaba; amaba sus virtudes y me quejaba de sus extravíos. Tan solo aborrecía sus odios.

Sabíanlo en la montaña; sabían tambien que deseaba la union de todos y que no hubiera consentido la esclavitud de ninguno. ¿No soy hija de los unos lo mismo que de los otros? La sangre de los maronitas corre por mis venas, mezclada con la de los drusos. Ni estos ni aquellos han nacido para obedecer. Porque conocen mis sentimientos han querido escuchar mis palabras.

Otros tienen el mando, yo un poco de autoridad. El pueblo me cree. ¿Visteis ayer en casa de Achmet al druso Jufuf y al maronita Zebdani?... Hay millones de valientes, como ellos, en la montaña... Todo el Sud y todo el Este se hallan prontos... Solo los derviks y los emires se resisten... Si ellos quisieran compraríamos la riqueza y la libertad para estos parajes los mas nobles y bellos del Asia. ¡Sí; este país encontrará lo que ha perdido, ó yo moriré de pena!

Y como advirtiese que la admiraba:

— No hago mas que pagar mi deuda, añadió con amable sencillez. ¿No es mi país al que sirvo?... Pero extranjero á vos, que os consagrais á unos desconocidos, ¿cómo recompensaros?

— Dándome las gracias por ello. No me hagais mejor

de lo que soy, la respondí. Veo que en general no se ama á todo el mundo mas que por no amar á nadie. ¡Perdonadme! pero no son esos mis principios. Yo tengo por emblema:

« Nada por todos; todo por uno ó... por una. »

— Me gustan mucho las divisas, respondió Mirana; son hijas del Oriente y revelan toda un alma con una sola palabra; mas puede pasarse la vida en buscar ese uno ó esa una de que habláis sin encontrarles.

— Entonces á nadie habia de dedicarse jamás la vida del hombre y su amor.

— ¡Teneis razon! ¡La vida que no se consagra á nadie es una vida perdida! « Nada por todos, todo por... uno. »

B. DEL BARCO.

Un bañista

O EL AMOR Y EL MAGNETISMO.

— Caballero.

— Señorita.

— Es la tercera vez que en el corto espacio de cuatro minutos, me estais repitiendo que soy hermosa.

— Es que sois encantadora, señorita.

— Pues hasta hoy no me habia apercibido de que lo fuese.

— Imposible. ¿No os mirais al espejo todas las mañanas?

— Mi espejo no está enamorado, y por lo tanto no me adula.

— Sin embargo, debe deciros la verdad y os la dirá...

— ¿Y Vd., caballero?

— Yo, señorita...

— Sí, pero aunque hombre de verdad, ¿quién sois?

— ¿Que quién soy? Un bañista enfermo de tedio que busca por todas partes lo que desea, que al fin ha encontrado su bello ideal, y que se considera dichoso con solo que le permitais seguirlos hasta el cabo del mundo.

— No pienso ir tan lejos.

— Tanto peor para mí.

— O tanto mejor. Me quedo en Vitoria.

— Yo tambien.

— Advertid que... es embarazoso seguir como un zarandillo á una mujer, que aquella ciudad no es de las que ofrecen mayores diversiones y que vais á aburrirlos.

— Estoy seguro de no fastidiarme con tal que se quede Vd. allí.

— Caballero...

— Señorita...

— ¿Pensais continuar hablando en este sentido amatorio?

— ¿Porqué no?

— Porque estamos parodiando una escena de amantes de teatro.

— ¿De qué quereis que os hable, si me prohibís decir que sois encantadora, que teneis talento, gracia y de que... os amo?

— Ese asunto será vuestro negocio, os interesará, pero á mí, psché!... no me agrada gran cosa.

— Indicadme asunto que me sea permitido discurrir.

— Cualquiera, excepto el que habeis tomado para debutar.

— Convenido. ¿Cree Vd. en la eficacia del magnetismo?

— Ni creo en él, ni dejo de creer.

— Pues voy á referiros una historia magnética.

— Le oiré á Vd. con gusto porque hace tiempo que me aqueja la curiosidad de saber á qué conducen esos *pases, pasas ó pasos*.

— ¿Habeis estado en Deva?

— Este año no; el pasado sí.

— ¿Conoceis á Pedro Fernandez?

— De nombre y algo mas, porque leo frecuentemente con gusto sus famosas revistas matritenses.

— ¿Conoceis al célebre doctor Sanchez Cura?

— Jamás he oido nombrarle.

— Le daré á Vd. noticia de su vida y milagros. En España hay una capital que se llama Madrid, una de sus calles es conocida con el nombre de Atocha; en esta calle hay una casa que lleva el número 40; el número 40 tiene su piso bajo; en este piso bajo vive un médico; este médico se llama Sanchez. Con este médico vive el literato Tomás de la Duda.

— Veo que me estais refiriendo la célebre historia del grano de pimienta

— ¿Qué historia es esa?

— Le diré á Vd., es una leyenda culinaria, y con ella se demuestra que un grano de pimienta puede dar de almorzar perfectamente á seis convidados.

— ¡A seis convidados!

— Si tal. Oid cómo. En un ternero se mete un cabrito, en el cabrito un faisán, en el faisán una perdiz, en la perdiz una alondra, y en la alondra un grano de pimienta.

— Convencido. Mas volvamos á nuestro tema sobre el magnetismo.

— Volvamos; pero hable Vd. con formalidad.

— Si tal, con mucha formalidad. Hace un mes que el médico Sanchez y el poeta Tomás de la Duda se encuentran en Deva. En el mismo establecimiento tomaba los baños Juan Largo con otros escritores de talento y personas de distinción. Despues de la comida tratóse de sobremesa acerca del magnetismo y sus maravillosos efectos. El doctor Cura defendía con calor la verdad y eficacia del nuevo descubrimiento. De la Duda, conforme con su apellido, negaba rotundamente que el

magnetismo fuese otra cosa que una patraña mas ó menos nueva, y con él reíase Largo de la gravedad con que el doctor defendía la importancia de los *medium*: — « A la prueba me remito, » replicó el doctor, imponiendo silencio á los incrédulos. — « ¿Quiere Vds. que esta misma noche celebremos una sesión magnética? Sí por cierto, exclamaron á una los bañistas discutidores, no sin que algunos venerables inválidos, montados á la antigua, y tal cual señora de las que creen en agüeros y cosas superticiosas, protestasen energicamente contra el proyecto de meter el diablo del magnetismo en tan pacífica reunion, temiendo sin duda que hiciese alguna de las suyas. Contra viento y marea la sesión comenzó á las ocho de la noche en el comedor para no interrumpir la algazara de los jóvenes que cantaban y bailaban en el gran salon, ni la tranquilidad de los retraidos achacosos y reservadas mamás que en el jardin paseaban ó jugaban al tresillo en la sala de recreo.

La atmósfera estaba muy cargada de electricidad, tanto como para mí lo está ahora el ambiente que al lado de Vd. respiro. Media docena de *pasas* bastaron para sumergir á Tomás de la Duda en un profundo letargo. El incrédulo sentía los efectos de su incredulidad. Vendáronle los ojos con un pañuelo de batista en varios dobleces, y de esta manera empezó sus experimentos el magnetizador. Sentóse al lado de un velador el magnetizado Duda, y Pedro Largo de frente. Tomó este una baraja y pusieronse á jugar á la *cuarenta y una*.

— Dé Vd., dijo el sonámbulo.

— Corte Vd., contestó Largo.

— Tres cartas.

— ¿Tres? pocas son.

— Las bastantes para haber ganado.

Cuantas veces jugaron otras tantas pidió Duda sin ver sus cartas, las precisas para ganar. Asombro general. Esto no es nada, exclamó el doctor presentando á su victima un libro de literatura en rústica sin cortar las hojas, y mandándole leer teniéndole.

— ¿En qué página quiere Vd. que lea? dijo la Duda.

— En la trece; pero sin abrir el tomo.

Pronto y bien mandado recitó aquel un párrafo, que criticaba de libre el *Arte de amar* de Ovidio. Abrióse el libro, y efectivamente en la página trece leyó uno de los espectadores el mismo pasaje sin faltar punto ni coma.

Juan Largo dudada aun de la virtud del magnetismo: para convencerse propuso al doctor que leyera el magnetizado una carta cerrada que para enviar por el correo tenia en la cartera.

— Venga la carta replicó Cura. Largo se la entregó al magnetizado. Este sin romper la nema acertó á decir que era una consulta de abogado, dirigida á un preso en el Saladero de Madrid por causa criminal, cuya defensa estaba encomendada á Largo.

— En efecto, añadió este. ¿Pero decidme cuándo he escrito yo esta carta?

— Ayer mañana.

— ¿Cuándo recibí la del preso?

— Hace tres días.

— ¿A qué hora?

— A las tres de la tarde.

La admiración subió de punto. Juan Largo empezó á creer en el magnetismo. Mas otro de los concurrentes quiso hacer nuevas experiencias mas inequívocas.

— Mandad, dijo al doctor, que el sonámbulo me siga en un viaje intelectual de placer.

— Puede Vd. tomar el pasaporte. El magnetizado os acompañará á todas partes. Así fué que este continuó revelándole en alta voz lo que con el pensamiento hacia en estos términos: « Ahora está Vd. en Madrid con el pensamiento. Toma Vd. una berlina de plaza para ir á las diligencias del Norte.

— ¿Qué número tiene el coche? interrumpió el viajero.

— Ciento ocho. Tomais billete para Bayona.

— ¿De qué clase?

— Berlina. Llegais á Bayona, y por el ferro-carril en el correo á París. Entrais en casa del famoso magnetizador M. de Lorm. Veis nuevas pruebas magnéticas y quedais convencido de que si el magnetismo no es una ciencia, tampoco es seguro que sea una brujería y menos una farsa de mal género. De vuelta de Paris hallareis á una señorita... pero callemos, que esto os incomodará hasta en profecía. »

Tomás de la Duda, Juan Largo y compañía que ni oír hablar querian del magnetismo, concluyeron por creer en él y por convertirse en sus mas ardorosos propagandistas.

— Hé aquí la verdadera historia de una sesión magnética á la cual he asistido. Ahora bien, ¿dais crédito al magnetismo?

— Bajo vuestra palabra.

— ¿Creeis tambien por ella en que no me será fácil extinguir la pasión que en el discurso de este viaje me habeis inspirado?

— « Ver y creer, » dijo santo Tomás.

— Pues creed desde luego á Emilio Roca, abogado y escritor.

Y Vd. crea en Teresa Rivera, baronesa de la Verde y viuda de... ¿Habeis consultado sobre lo demás que callo á vuestra ciencia magnética?

— ¿Para qué? El mejor consultor es el corazón.

— ¿Y qué os predice?

— Que ireis el próximo invierno á Madrid, tendré la dicha de trataros con mas frecuencia, me conoceréis y...

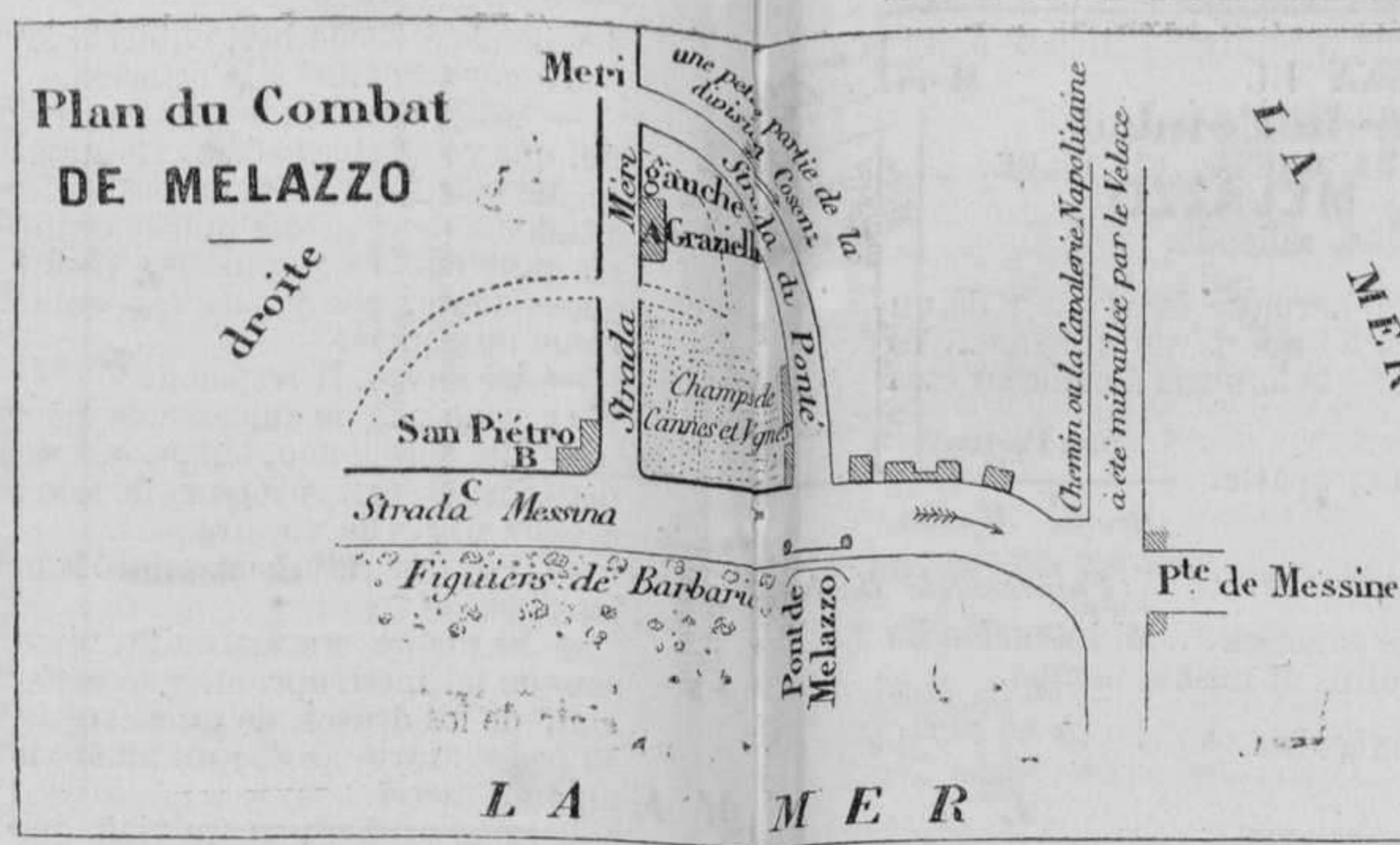
— Acabad.

— Quizá mi franqueza os ofenda.

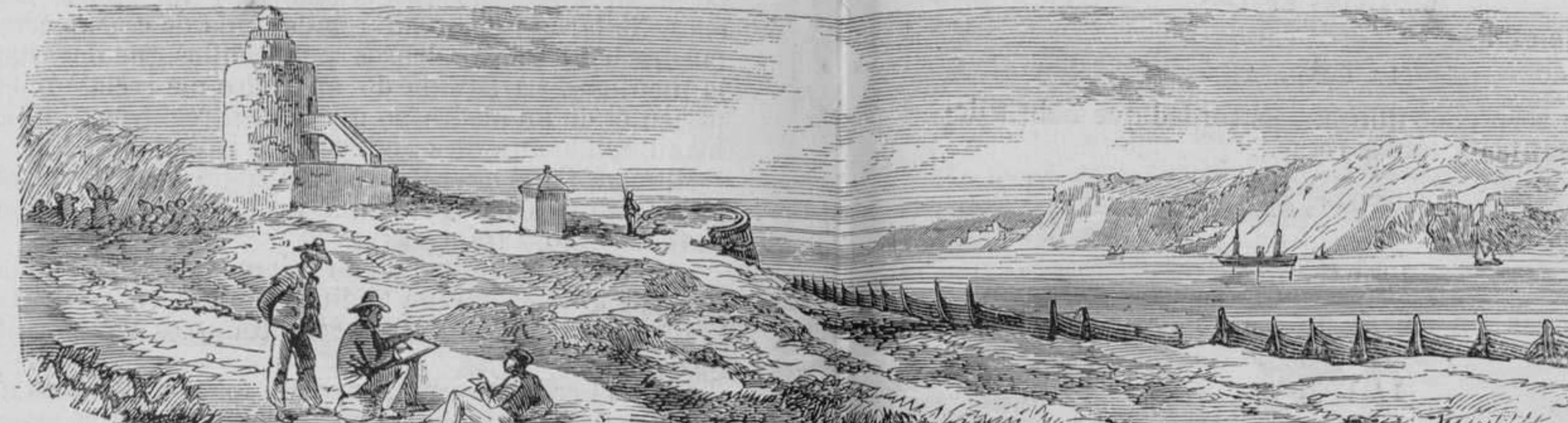


MARCHA DE VOLUNTARIOS ENTRE GESSO Y MESINA.

cuartel general de Garibaldi; 4ª una vista del cabo Faro, entrada del estrecho de Mesina; en el fondo las costas de Calabria, y Scylla, pueblito napolitano; una línea de barcas en la ribera, las cuales componen la flotilla que debe trasportar al ejército á la tierra firme; hay cuatrocientas barcas, y se esperan cien mas.
El combate principió en Meri y se continuó hasta



Graziella! donde fué muy encarnizada la pelea. Este punto ha llegado á ser el centro de operaciones del ejército. Delante de la casa habian enviado sobre la izquierda varias compañías para que atacaran de flanco á los napolitanos, defendidos por paredes ó por las higueras del camino. Cortaron algunas higueras á sablazos para que pudiesen pasar los hombres. Después de



EL CABO FARO, ENTRADA DEL ESTRECHO DE MESINA Y LAS COSTAS DE CALABRIA.

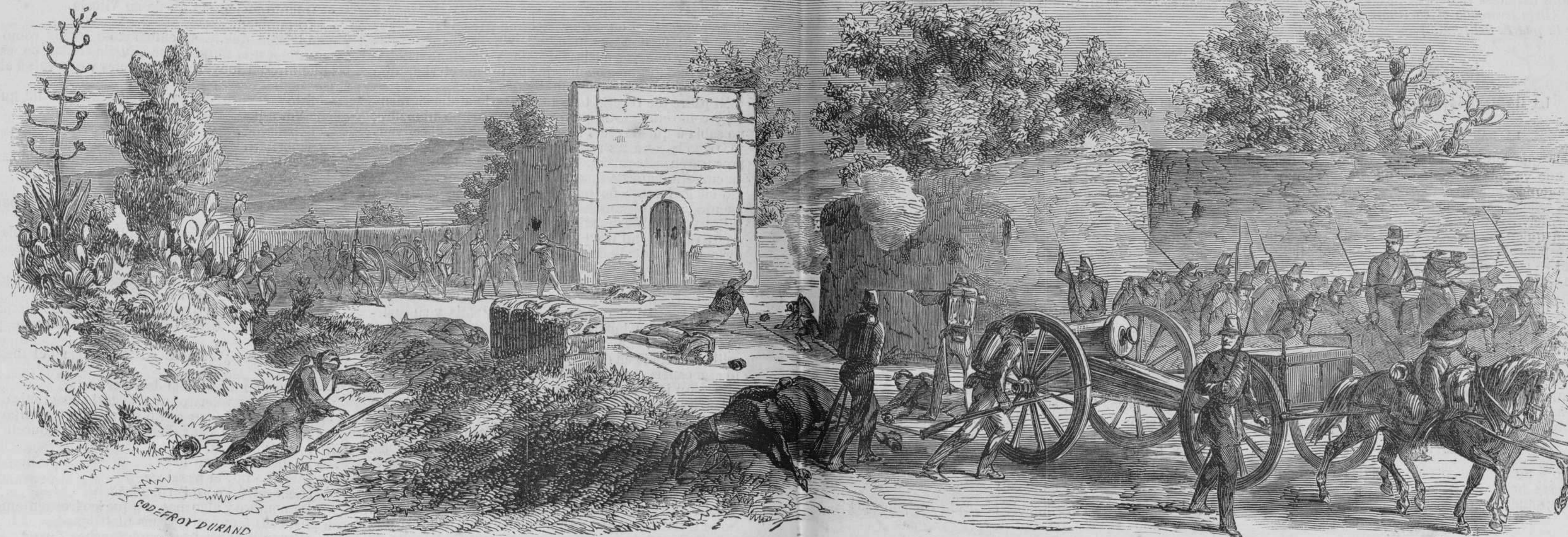


ACCION DE GRAZIELLA.

— Decid.
— Y yo... amaré y seré amado de mi linda viajera que antes de un año podrá, si quiere, llevar mi nombre.
— Sois muy galante; pero demos al tiempo espera. Si en Madrid nos encontramos, como me prometo, de Vd. dependerá desmentir ó aprobar la profecía magnética, y hacerme creer de que hay algo de verdad en vuestro corazon, como me habeis convencido de que es difícil resistir á las pruebas del magnetismo... amoroso.
— ¿Consentireis en...
— Tomar un segundo marido? ¡Qué quereis! es preciso hacer algo para no dejar por mentiroso al magnetismo.
El viajero y la viajera, sin prestar asenso al magnetismo de los *medium*, se han acercado al altar enteramente seguros de que son eficaces siempre los *medios* que el amor pone en juego para magnetizar á sus favorecidos.
Consecuencia: el magnetismo animal que tanto preocupa al mundo científico es nuevo y podrá ser falible; el amor es antiguo y rara vez se equivoca; porque como dijo el poeta latino: *Cuncta vincit amor*.
B. DEL BARCO.

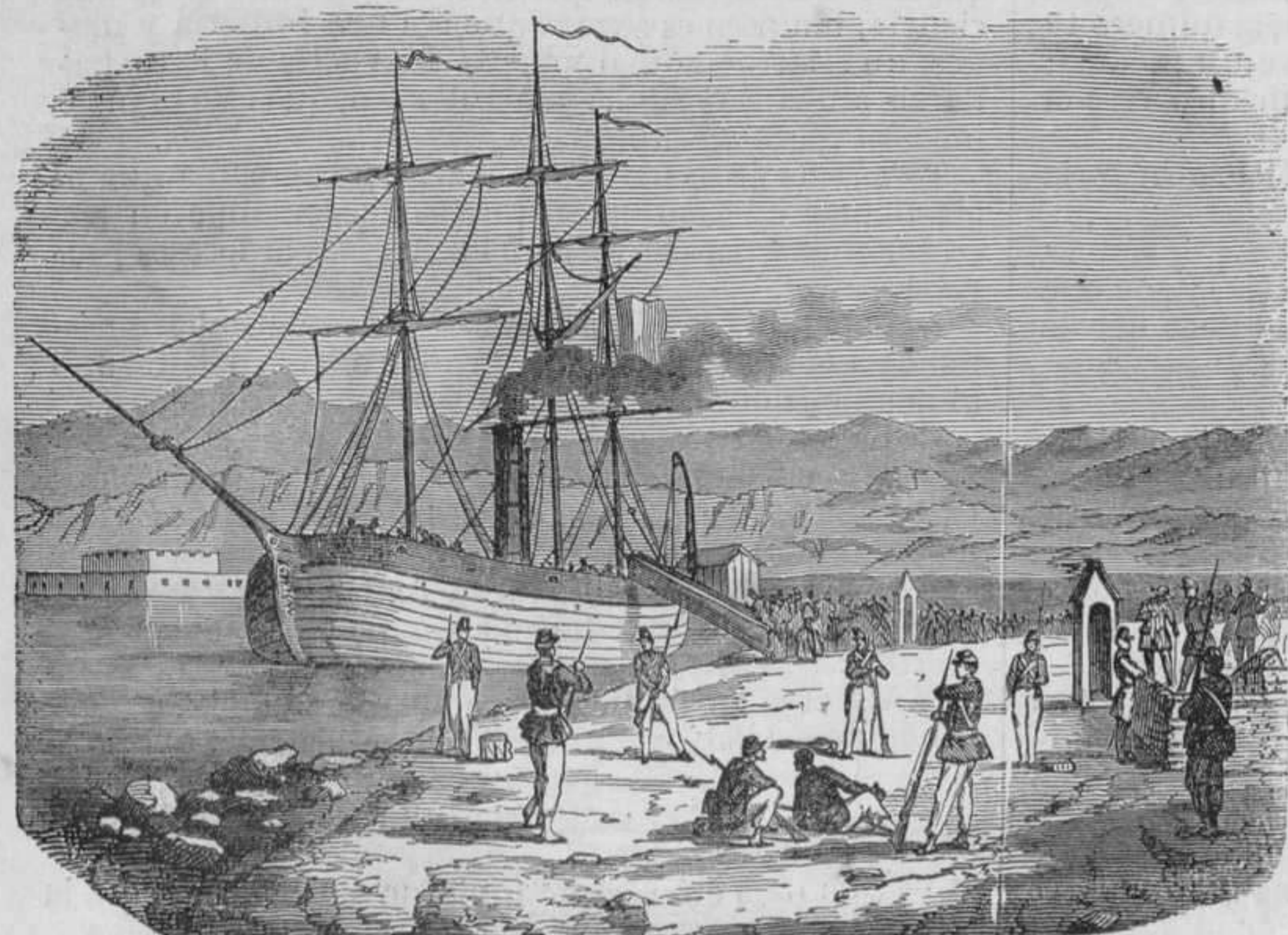
Expedicion de Sicilia.

El autor de los dibujos que publicamos en este número M. J. Duvaux, escribe lo siguiente con fecha del 2 de agosto en Mesina:
« Hé aquí los detalles y el plano del combate de Milazzo. Los últimos dibujos de este hecho de armas son: 1º una vista de los puestos avanzados garibaldinos y napolitanos delante de la plaza de armas de la ciudad de Mesina; 2º una marcha de tropas hacia Mesina entre Gesso y Mesina, columna Médici, la primera que tomó posesion de la ciudad; 3º el patio del palacio real,

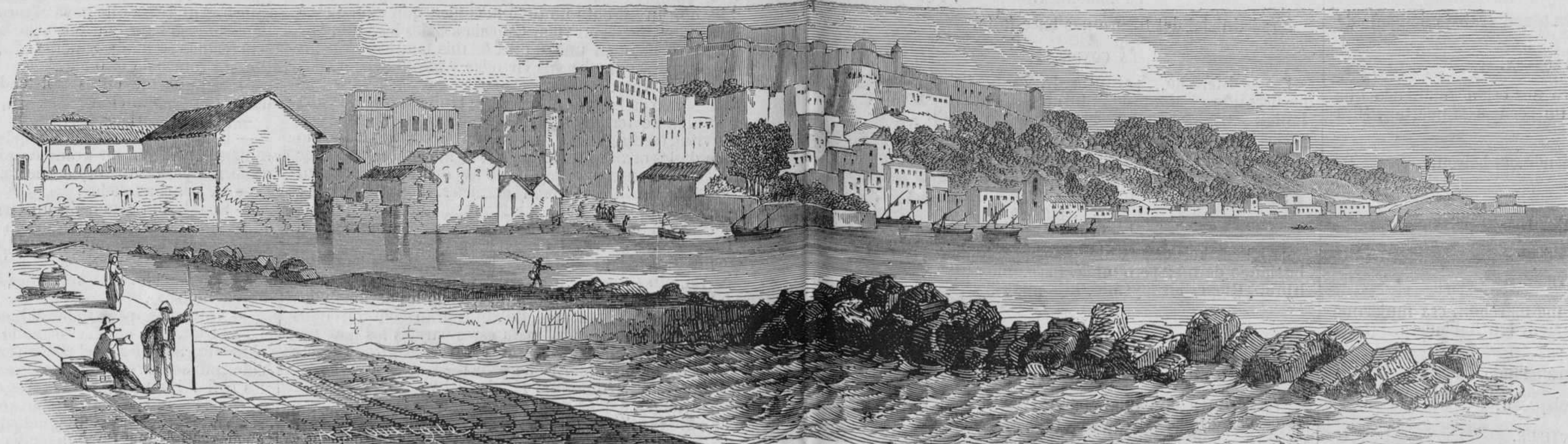


VOLUNTARIOS APODERANDOSE DE UN CAÑON EN MILAZZO.

haber rechazado al enemigo mas allá de la casa, abandonaron este camino barrido por el cañon napolitano para correrse á la derecha, á través de terrenos cubiertos de cañaverales y de viñas, escalar las paredes y entrar en el camino de Mesina que pasa á orillas del mar. Los napolitanos habian concentrado sus fuerzas en el San Pietro donde el camino de Meri su une con el de Mesina. Sus cañones defendian este último con muchas ventajas. Garibaldi llegó al camino de Mesina se lanzó á pie, pues habia perdido su caballo, á la cabeza de sus hombres que se apoderaron de tres cañones, de los cuales recobraron dos los napolitanos. Entonces los voluntarios se llevaron la otra presa á los cañaverales.
Durante esta accion las compañías enviadas para flanquear al enemigo por la izquierda, le obligaban á abandonar su posición para retirarse hácia el puente de Milazzo. Sobre el camino los napolitanos con sus dos cañones marchaban en retirada, cuando abrieron sus filas para dejar pasar algunos jinetes que intentaron recobrar la presa tomada. Atravesaron el camino; Garibaldi y los pocos hombres que le rodeaban, se habian arrojado á los fosos que están al lado de la carretera. Los jinetes hallaron á Garibaldi separado de los suyos y solo. Garibaldi se avanzó con denuedo y grita al capitán que se rinda. En aquel momento Misori, capitán degüias, hoy mayor, acudia al lado de Garibaldi, y de un tiro de revolver heria al caballo del capitán enemigo. Este contestó con un sablazo que Garibaldi evitó abriendo la cabeza al oficial, otros cuatro jinetes les rodeaban, y tres sucumbieron sucesivamente á los disparos del revolver de Misori.
Entre tanto oficiales y soldados corrian en socorro del general, y ellos persiguieron al enemigo hasta el puente de Milazzo, donde se les reunieron las tropas de Cosenz. Aquí tambien el combate fué largo y sangriento: hubo que tomar una por una las casas del lado izquierdo del camino de Milazzo. Mientras los garibaldinos se mantenian sobre el puente y rechazaban lenta-



AVANZADA DELANTE DE LA PLAZA DE ARMAS DE MESINA.



MILAZZO, VISTA TOMADA DEL MUELLE.



CUARTEL GENERAL DE GARIBALDI EN EL PATIO DEL CASTILLO EN MESINA.

mente al enemigo. Garibaldi lanzándose en una barca se llegó al *Veloce* llamado hoy el *Tukeri*, en memoria del mayor húngaro muerto en Palermo, hizo uno ó dos disparos de metralla sobre un destacamento de caballería que quería flanquear las tropas del puente y las rechazó sobre Milazzo.

Los oficiales hacen el mayor elogio de sus soldados, y sin embargo muchos de ellos no habían oído las balas todavía. Un capitán francés me ha dicho que en el momento del ataque algunos jóvenes de su compañía fueron á preguntarle cómo se cargaba un fusil.

Se hacen grandes preparativos para la expedición de Nápoles, y todos están persuadidos de que no habrá resistencia. El hecho es que las tropas napolitanas son muy singulares. La batalla de Milazzo que con el combate de Calatafini es lo más serio de la campaña, ha sorprendido á todo el mundo; en Mesina los que conocían la posición no querían creer en el triunfo de los garibaldinos. Las disposiciones de Bosco estaban muy bien concebidas, y el resultado debía ser la completa captura de las tropas garibaldinas, y sin embargo, doscientos tiradores fueron bastantes para flanquear una posición defendida por artillería y soldados que se dicen los mejores de Nápoles; para apoderarse de la ciudad y obtener la rendición de un fuerte donde había cañones, municiones y víveres en abundancia.

Lo que más me ha sorprendido después de Milazzo ha sido el camino que hemos andado para llegar á Mesina. Mas arriba de Gesso, entre este pueblo y Mesina, la posición es de las más fuertes; por un lado montañas y barrancos y por el otro el mar. Un batallón y algunos cañones podrán detener un ejército. A pesar de una artillería formidable en la ciudadela de Mesina, mas de 20,000 hombres de guarnición y esta respuesta dada por el general al cónsul francés: «*Que defendería Mesina hasta la última gota de sangre.*» los soldados reales dejaron el camino libre, evacuaron Mesina, y hoy evacúan poco á poco la ciudadela; la incapacidad es completa en los generales napolitanos; tenían puestos avanzados cuyos hombres se habrían muerto de hambre, si no hubiera sido por la caridad de los aldeanos de las cercanías.» J. D.

LOS CRIADOS.

CONVERSACION EN UN ACTO.

PERSONAJES.

LA BARONESA DE SAN LUCAS, 25 años, modista de fama.

CLOTILDE, de 16 á 20 años, primera oficiala de la baronesa.

LA CONDESA DE BOISPREAU, de 30 á 45 años, mujer rica.

JUAN, de 25 á 30 años, lacayo de la baronesa.

La acción pasa en París en el barrio de San German, en casa de la baronesa de San Lucas. — El teatro representa un salón de estilo Luis XIV. — Puerta en el fondo que da á la antesala. — A la derecha otra puerta que da á un aposento donde está el obrador de la modista. — A la izquierda, grandes balcones. — Muebles opulentos, retratos de antepasados, etc.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA, JUAN.

LA BARONESA.

¿No ha venido nadie?

JUAN.

Nadie, señora baronesa.

LA BARONESA.

¿Cómo es eso? ¿Pues y el criado que tenía que venir?

JUAN.

¡Ah! es verdad, ha venido.

LA BARONESA.

¿Y bien?

JUAN.

Imposible tomarle, señora baronesa; piés de agua-dor, piernas de gallo, manos de albañil... en fin, no es criado de casa grande. Por nada en el mundo habría yo servido con él.

LA BARONESA.

¿Le habrás despedido?

JUAN.

Le di á entender que no convenía.

LA BARONESA.

De todo eso resulta que estoy sin nadie.

JUAN.

¡Oh! No tengais cuidado; es una crisis que pasará... los años acabarán por ser razonables.

LA BARONESA.

Quizá, mi pobre Juan, eres demasiado exigente por mí...

JUAN.

Si os empeñais, nos queda el recurso de llamar al que ha venido.

LA BARONESA.

¿Te ha dejado sus señas?

JUAN.

Nos hemos dado nuestras tarjetas, porque ha habido entre nosotros algunas palabras un tanto picantes.

LA BARONESA.

Pues bien, si de aquí á mañana no viene otro, veremos. A propósito, Juan, la vizcondesa de San Marcos, la nueva modista de la plaza Vendôme, debe venir hoy á hacerme su primera visita, y te encargo mucha atención... ¡Qué mal cae! ¡un solo lacayo para introducir, y ella tiene cuatro!...

JUAN.

Haré todo lo que pueda, señora baronesa.

LA BARONESA.

Está bien! (*Aparte.*) Pobre muchacho; ¡qué apego tiene á mi casa! (*Alto.*) ¿Qué esperas, Juan? ¿Porqué me miras así? (*Con dignidad.*) Dí á Clotilde que he venido ya y tengo que hablarla.

JUAN, abriendo la puerta de la derecha.

La señora baronesa tiene que hablar con la señorita Clotilde. (*Deja levantado el cortinaje de la derecha y váse por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

LA BARONESA, luego CLOTILDE.

LA BARONESA, sola todavía.

¿Y decir que tendré que echar de mi casa al pobre Juan, y que ya debería estar en la calle... el único ser que haya tenido por mí algo que se parezca al cariño! — ¿Y esa señorita vendrá? Esa es otra que también se echa á perder... aunque no del mismo modo... Una criatura á quien he recogido en la calle, á quien he dado una posición magnífica... (*Llamando.*) ¡Clotilde! ¡Clotilde! — ¿Es sordera ó mala voluntad? (*Llamando de nuevo.*) ¡Señorita Clotilde!

CLOTILDE, saliendo por la derecha.

¡Gracias á Dios! Comenzaba á creer que habíais olvidado mi nombre.

LA BARONESA.

Disimula, querida mía, pero olvido todo lo que hago, no sé donde tengo la cabeza. — ¿Han ido á casa de madama Jordan?

CLOTILDE.

Han ido y no han encontrado á nadie de ese nombre. La casa está habitada hace un mes por la familia de Boispreau; jamás han conocido á ningún Jordan.

LA BARONESA.

Pues está bonito... ¿Y qué haremos con las ropas encargadas?

CLOTILDE.

Os servirá de lección para tomar trabajo de gente de esa clase.

LA BARONESA.

Sin duda... pero siempre nos están repitiendo que nos damos tono... ¡Ah! Un coche á la puerta... Mira á ver quién es.

CLOTILDE, volviendo del balcon.

Es madama Jordan.

LA BARONESA.

Ahora se aclarará el misterio.

CLOTILDE.

Ya me lo contareis: yo me marché... esa mujer me desagradó... es tan ordinaria... tan habladora... (*Hace que se marcha.*)

JUAN, anunciando.

La señora condesa de Boispreau.

CLOTILDE.

Lo sospechaba... me quedo... (*Se sienta y toma un libro.*)

ESCENA III.

LA CONDESA, LA BARONESA, CLOTILDE.

LA CONDESA, saliendo.

Querida mía, tenéis un hermoso lacayo... y de un tono... Magnífico lacayo... No quería anunciarme... Yo le dije: Sé muy bien que no se anuncia á nadie en casa de las modistas...

CLOTILDE, aparte.

¡Insolente!

LA CONDESA.

Pero esta vez tengo mis razones... Mi intención ha sido sorprenderos é instruirlos al mismo tiempo.

LA BARONESA.

Siempre me instruis...

CLOTILDE, aparte.

Chúpate esa.

LA CONDESA.

Y no os sorprende nunca... Es verdad que habeis debido ver tantas y tantas cosas...

CLOTILDE, aparte.

¡Ay, ay, ay!

LA BARONESA.

No muchas sin embargo... cuando tenga vuestra edad...

LA CONDESA.

¡Oh! El uso lo suple todo, y estoy segura de que me comprendéis perfectamente. Sin duda al verme os dijisteis, que el apellido vulgar de Jordan no cuadraba con vuestra posición... y así es que nos hemos hecho... ¿cómo se dice? El difunto baron ha debido enseñaroslo.

CLOTILDE.

Se dice rehabilitar.

LA CONDESA.

¡Ah! la jovencita toma la palabra... y yo que la tomaba por una muñeca... Pues así es, rehabilitar, como dice M. Jordan... esto es, el conde de Boispreau; pero entre paréntesis, nos ha costado pasos y dinero. Figuraos, querida mía, que hay en Francia una multitud de Boispreau. Parecía mentira: los hay en el ejército, en la Iglesia, en el foro; los hay hasta en el comercio de algodón; y estos últimos son poderosos, son los que nos han hecho mas tiro; los demás no han protestado. Mas como dice nuestro archivero, la cuestión es el feudo, no el nombre. Ahora bien, el feudo, ¡qué suerte hemos tenido! el feudo justamente le poseemos nosotros desde hace sesenta años, y la prueba es que el abuelo de mi marido derribó el antiguo castillo, un castor viejo, un espantajo. ¿Qué tenéis que decir á esto?

LA BARONESA.

Nada.

LA CONDESA.

Ni yo tampoco. Y sin embargo, dicen, dicen y dirán durante algún tiempo, y al fin se callarán, y será un hecho consumado; tendremos el feudo y el dinero, y seremos los legítimos Boispreau. ¿Cómo están las ropas de mi hija?

LA BARONESA.

Casi concluidas. Pero habeis olvidado decirme qué cifra se debe bordar.

LA CONDESA.

¿La cifra de Emma? Es muy sencilla.

LA BARONESA.

No; la inicial del futuro nos hace falta.

LA CONDESA.

Eso es diferente... ¡el futuro!... es que todavía no se ha decidido el nombre del futuro... Primero era Gil... Jordan y Gil sonaba muy bien... pero ahora Gil y Boispreau choca mucho al oído.

CLOTILDE.

Se puede buscar un feudo.

LA CONDESA.

¡Ah! ¿Sabeis que la niña no parece tonta?... Se está burlando de mí; pero no le hace, me gusta... con su libro. ¿Qué estais leyendo, hija mía?

CLOTILDE.

Un tratado sobre los feudos.

LA CONDESA.

Ya escampa; me toma por su cuenta, está visto. (*A la baronesa.*) ¿Es vuestra lectora?

LA BARONESA.

Es mas que eso, es mi imaginación y mi gusto; se

la ocurren ideas que no tiene nadie: sus invenciones son todas elegantísimas...

LA CONDESA, interrumpiéndola.

Pues corre parejas con el lacayo, que también tiene ideas de una originalidad... No vengo aquí dos veces sin teneros envidia; y hoy más que nunca, mis dos lacayos me han dejado plantada. Pero ¿cómo os gobernais? Debeis tener un secreto seguramente, pues no se oye por todas partes más que una queja universal contra los criados... Un buen criado es cosa rarísima; los buenos disminuyen cada vez más.

CLOTILDE.

Eso consiste en que aumentan los amos.

LA CONDESA.

¿Qué salida!... Y tiene razón; no es, no es más que eso. Pero en fin, el caso es que no hay criados... Por consiguiente, no se habla de otra cosa.

LA BARONESA.

Es un hecho que en la actualidad menos se habla de los amos en las antecámaras que de los criados en los salones. Esta cuestión de los criados...

LA CONDESA.

¿La cuestión de los criados? Es la cuestión del día; la cuestión de Occidente. Sin embargo, será preciso hallar modo de zanjarla.

LA BARONESA.

Diariamente pienso en eso; pero hasta aquí no veo más que medios tan extremados, tan violentos...

LA CONDESA.

Deberíamos tomar una resolución heroica, despedirlos a todos; al cabo y al fin, si esto continúa, tendremos que servirnos a nosotras mismas, y Dios sabe cómo andarán las cosas.

LA BARONESA.

A eso llegamos ya, señora condesa. Aquí mismo, en mi casa, en el piso de arriba, vivía un antiguo par de Francia del tiempo de Luis Felipe. Solo y soltero, tenía por toda servidumbre una Mariconia vieja y seca, con barba, que pasaba las noches leyendo nuestros periódicos y hablando en el cuarto del portero. Por lo demás, no salía nunca ni recibía un alma. Ahora bien, ¿sabeis lo que se ha descubierto después de su muerte?

LA CONDESA.

¿Que era riquísimo?

LA BARONESA.

No; se ha descubierto que él y su vieja sirvienta no eran más que un individuo.

LA CONDESA.

¿Cómo!... Era él quien vestido de mujer... ¡qué disparate! ¡un par de Francia!

LA BARONESA.

Pues así era; se conoce que no había hallado un medio mejor de zanjar la cuestión de los criados.

LA CONDESA.

Cortaba en lo vivo... (Riendo á carcajadas.) Nos reímos; pero lo cierto es que en el fondo la cosa es muy divertida. Esta cuestión de los criados toma proporciones enormes. ¿Queréis saber lo que ha pasado estos días á una amiga mía? Pues escuchad: yo también tengo una historieta.

CLOTILDE.

Oigamos la historieta. (Juan entreabre la puerta y escucha sin ser visto.)

LA CONDESA.

Habeis de saber pues, que en mi vecindad existe una pobre anciana que estuvo emigrada, mujer que fué en otro tiempo de las más encopetadas de París, y que ahora se halla reducida á tres mil francos de renta. Pero la queda su orgullo; vive sola, no habla jamás con las criadas, cuando en el día ya sabeis que una tiene precisión de hacer concesiones: no basta pagar bien á los criados y permitirles que nos roben, sino que es menester distraerlos y darlos conversación. La buena señora no se prestaba á esto, y sucedió que estaba sin criada hacia un mes, cuando viene á presentarse una muchacha muy decente. Figura agradable, buenas recomendaciones, pretensiones modestas, en fin, todo á pedir de boca. La anciana se ajusta muy contenta; pero en el momento de cerrar el trato, la criada salta diciendo: — Debo advertiros que tengo la costumbre de tomar todas las mañanas en la cama el café con leche, y como aquí no veo otra persona que vos...

LA BARONESA.

¡Ah! eso es demasiado; supongo que la despediría con cajas destempladas.

LA CONDESA.

Pues no fué así; ¿qué queréis? Como era imposible

tener otra, cedió la infeliz, y todos los días se levanta al amanecer, hace el café y le lleva á su criada, después de lo cual se acuesta de nuevo, y eso sí, todo el resto del día está servida divinamente.

ESCENA IV.

JUAN, Los MISMOS.

JUAN.

¡Ja, ja, ja! ¡esa es gorda! ¡ja, ja, ja! ¡muy gorda.

LA CONDESA, riendo á carcajadas.

Bravísimo... Este lacayo vale un Perú.

LA BARONESA, á Juan.

Juan, pierdes la cabeza.

JUAN, cortado.

Es verdad; no sé lo que me ha dado, pero no he podido menos...

LA BARONESA.

¿Escuchabas á la puerta?

LA CONDESA.

Todos hacen lo mismo.

JUAN.

Todos lo hacen, es cierto... ¿Y qué se ha de hacer todo un día en una antecámara?... Pero me voy, señora baronesa, me voy al instante, no os incomodeis... y sin embargo, yo también sé una historia.

LA CONDESA.

¡Ah! querida mía, ¿vais á privarnos de la historia de Juan? Estoy segura de que es divertidísima.

LA BARONESA.

Vamos, habla, ya que lo desea esta señora.

JUAN.

¡Oh! No, señora; ya he cometido una falta, no quiero aumentar mi pecado.

LA CONDESA.

Juan, os lo suplicamos, amigo mío.

JUAN.

Es imposible; sé muy bien lo que soy y el respeto que os debo. Además, francamente, no me gusta contar de pié, me precipito, me quito la gracia.

LA CONDESA.

Pues bien, siéntate, amigo mío... el primer paso está dado ya, y es el que más cuesta. Justamente tienes al lado un buen sillón... (A la baronesa.) Puesto que estamos en camino de hacer concesiones...

JUAN.

Una más ó menos poco importa, ¿no es verdad?... Obedezco... (Se sienta.) ¡Hum! ¡hum!... Figuraos pues que yo tenía en el colegio dos compañeros...

LA CONDESA.

¿En el colegio? ¡Oh! en ese caso no me sorprende...

LA BARONESA.

¿Tú has estado en colegio?

JUAN.

Un poco; desgraciadamente me desvié, sí, me desvié en mis estudios casi al instante: había las ciencias, había las letras, y yo elegí la librea, porque era cosa más pronta y más lucrativa. Lo que en parte me decidió fué que una mañana me desperté huérfano de padre y madre y sin un ochavo para pagar mi colegio. Por fortuna el director era un buen sugeto, y me dijo: «— Hijo mío, no te pondré en la calle. Como nada hay peor en el mundo que una educación á medias, podrás acabar aquí la tuya, pero con la condición de que limpiarás los zapatos de tus compañeros en las horas de recreo. — A fe mía, le respondí, creo que se podría arreglar mejor; yo preferiría jugar en las horas de recreo, y limpiar los zapatos durante las clases. — Por mi parte, corriente, dijo el director. — Pues está entendido.» — Y así me desvié de mis estudios.

LA BARONESA.

Juan, tomas las cosas muy arriba; ¿no podrías llegar al grano en derechura?

JUAN.

Ya voy, señora baronesa... Como iba diciendo, tenía dos compañeros allí, el uno muy orgulloso y muy trabajador, y el otro dotado de una gran pereza, pero sin orgullo. Después los he visto exactamente como en el colegio; el primero fingiendo que no me conocía, y el segundo siempre tan guapo... hasta me pedía dinero para hacer francachéas con el otro.

LA CONDESA.

¡Ah! ¿te pedía dinero prestado?

JUAN.

A cada instante, señora, continuamente; pero yo no se lo prestaba. Como con eso no comían, el otro tuvo entonces una idea: se dijo que su nombre... tiene un nombre ilustre... en el colegio se llamaba Durand; pero ahora es diferente, ¡ahora se llama el conde Durandal! — pensó que su famoso nombre podría proporcionarle una novia millonaria, tanto más cuanto que es bien parecido; y sobre esto se echó á rodar por el mundo. Un tapicero y un sastre le dieron al fiado por su buena cara; se instaló con lujo; pero lo que le faltaba era un criado; un criado que tenga buena facha no se encuentra fácilmente. Entonces el otro tuvo también su idea y dijo á su compañero: «— Mira, tú eres activo, laborioso, el trabajo no te asusta, pero eres orgulloso en demasía. Yo por el contrario, no soy orgulloso, pero aborrezco el trabajo. Tú necesitas un criado para aparentar, yo le necesito para que me sirva. Arreglémonos, me pondré una librea con tus armas; aparentemente seré tu criado, pero en realidad tú me servirás á mí.»

LA CONDESA.

Y es una gran idea. ¿El otro consintió?

JUAN.

Al instante, y le salió bien el negocio como vais á ver, aunque de otra manera que como él había pensado. Al poco tiempo halló una viuda muy rica que llegaba de la California con deseos de contraer segundas nupcias. La cosa estaba para arreglarse, cuando la dama que había tenido sus sospechas acerca de las costumbres del futuro cae de improviso en su casa un día muy temprano. Justamente el aguador había dejado la puerta abierta; ella entra como una bomba, y ¿qué es lo que ve en la antecámara? Al conde de Durandal cepillando la librea de su criado.

LA CONDESA.

¿Y naturalmente, fracasó la boda?

JUAN.

Al contrario, ese fué motivo de que se arreglara sobre la marcha. Es fácil de comprender: la señora se dijo: ¿Si hace eso por su criado, qué no hará por su mujer?

LA CONDESA.

Y es verdad, la conclusión no admite réplica; no obstante, lo que es yo no me habría fiado.

JUAN.

Dos palabras más y concluyo: la moraleja de todo esto es que no siempre está de más hacer lo que corresponde á los criados. Y sin otra cosa, pidiendo mil perdones me vuelvo á mis faenas.

ESCENA V.

LA CONDESA, LA BARONESA, CLOTILDE.

LA CONDESA.

Querida mía, ¿me permitis que os dé un consejo? Ese muchacho es una alhaja, un tesoro, tened cuidado con él pues podrían arrebatárosle. Vigilad á todas las personas que vienen á vuestra casa, y no le enviéis á recados, pues es triste decirlo, lo que complica enormemente la cuestión de los criados, es la poca delicadeza de los amos. No sabe una ya en quien fiarse. Es un escándalo lo que pasa. Pero es hora de despedirme; recibo el sábado, y para entonces debo haber hallado mi perla. (A Clotilde.) Hija mía, me habeis agradado mucho. (A la baronesa, que se levanta para acompañarla.) Hasta la vista, pronto volveré... ¡ah! os levantais por mí... Nada de cumplimientos entre nosotras; si no me enfado.

LA BARONESA, deteniéndose.

Si así lo queréis...

ESCENA VI.

LA BARONESA, CLOTILDE.

LA BARONESA.

¿Sabes que gana mucho con el trato? Es bachillera como ella sola; es una mujer común, sin modales finos, pero en el fondo, lo he dicho siempre, no puede ser mejor.

CLOTILDE.

A mí no me inspira mucha confianza... Y á propósito, ¿qué está haciendo ahora esa condesa de tres al cuarto? ¿Sabeis que todavía no ha salido de casa? Deberiais llamar á Juan.

LA BARONESA.

Justamente aquí llega... Clotilde, ¿ves cómo eres muy suspicaz?

CLOTILDE.

Si, lo que veo es que trae un aire... un aire temerario.

LA BARONESA.

Juan, ¿te he llamado yo?

JUAN.

No, señora, pero es que... tengo que decir una cosa, *Mirando á Clotilde.*) Una cosa que...

CLOTILDE, á la baronesa.

Cae perfectamente, se me ocurre una idea. (*Vásc.*)

ESCENA VII.

LA BARONESA, JUAN.

LA BARONESA.

Vamos, Juan, habla y trata de no dar razon á Clotilde, que dice tienes un aire temerario. En todo caso, despacha pronto, que puede venir alguien.

JUAN.

Pronto estará dicho; es una buena fortuna para mí, y es al mismo tiempo una desgracia, pues me obligará á dejaros.

LA BARONESA.

¿Te marchas de mi casa? ¿Y eso es lo que tenias que decirme?

JUAN.

¿No lo esperábais?

LA BARONESA.

Francamente, no; ¿cómo podía esperar?... pero ¿cómo ha de ser? No habrá mas remedio que resignarse... ¿Es una herencia?

JUAN.

¡Oh! no, señora; por tan poca cosa no saldria de aquí, no os dejaria á vos que habeis sido tan buena para mí, que me habeis tenido enfermo durante un año, dándome los mejores médicos y cuidándome hasta que sané... pero hay cuestiones de alta conveniencia con las cuales no puede transigir el hombre.

LA BARONESA.

Juan, lees demasiado, te lo repito; eso que dices es una frase manoseada. ¿Y á dónde vas á parar con tu cuestion de conveniencia? ¿Pasa algo que no sea regular aquí?... ¿Mis oficialas?...

(*Se concluirá.*)

La Berthenoux (Francia).

La Berthenoux es una aldea situada entre Linieres é Issoudun, en el camino de comunicacion que costea la meseta del valle Negro. Una bonita iglesia gótica y un antiguo castillo, que fué en otro tiempo una abadía fortificada y hoy es un cortijo importante, embellecen esta pequeña poblacion situada en un paisaje agradable; en un prado de mas de 6 hectáreas se celebra allí todos los años una de las ferias mas notables del centro de la Francia. Se calcula en unas 12,000 cabezas el ganado que se presenta anualmente entre bueyes, vacas, toros, terneras, corderos y ovejas, cabras, caballos y asnos.

A esta cifra hay que añadir unos 3,000 puercos que tienen un campo de feria particular.

Los traficantes y los ganaderos acuden á este gran mercado del Berry, de muchas provincias distintas, de la Creuze, del Nivernés, del Limosin y hasta de la Auvernia.

Los caballos no son numerosos, ni de

mucho valor. Las vacas de leche tampoco son buenas ni abundantes; no venden las mejores sino cuando ya no pueden hacer crias. Estas crias constituyen la riqueza del país.

De ellas salen los grandes bueyes para la labranza que trabajan en el país una tierra dura. — Algunos



LA FERIA DE LA BERTHENOUX. — LAS TABERNAS.

carniceros de Orleans van tambien á la feria de la Berthenoux para abastecerse.

Los principales negocios se hacen entre los berrichons y los marchois. Los primeros tienen una reputacion de sencillez que explotan con la mayor astucia; y los segundos poseen una fama de duplicidad que les hace fracasar á menudo ante la desconfianza de los berrichons.

La venta del ganado es en esa feria una especie de lonja al aire libre, cuyas peripecias y asaltos son las grandes emociones de la vida del labrador. Allí el campesino, el traficante y el labrador despliegan los recursos de una elocuencia llena de tropos y de metáforas inauditas.

Hemos oido una vez á un comprador de un lote de puercos:

— Antes que pagarlos á 23 francos cada uno, quiero que me atraviesen por el cuerpo los treinta y seis gorriños!

Hay otras fórmulas de juramento ó de protesta no menos extrañas:

— Que este par de bueyes me sirva de veneno, etc.

Estas luchas de energúmenos suelen durar desde por la mañana hasta por la noche. Por fin, despues de haber atacado y defendido palmo á palmo, sueldo á sueldo, la última moneda de cinco francos, se cierra el ajuste con apretones de mano dados con tal vigor, que los ojos salen de la cabeza; pero discursos, juramentos y apretones de manos se pierden en el rumor y la confusion de la feria; en tanto que veinte gaitas resuenan á la vez en los tablados, los gritos de los bebedores bajo los árboles, las canciones, las voces de los charlatanes que enseñan fenomenos, las letanias de los mendigos y el mugido de los animales forman una cencerrada capaz de aturdir á la cabeza mas sólida.

Hay mil cuadros pintorescos y mil tipos acusados dignos de observacion. Suele haber momentos terribles, como verbigracia cuando se subleva el ganado vacuno. A veces un torillo se espanta ó se incomoda, no se sabe porqué, en medio de quinientos ó seiscientos que en el mismo instante, arrebatados de furor, rompen sus lazos, echan por tierra á sus conductores, y se lanzan como una oleada impetuosa por en medio del campo de la feria. El miedo se apodera de todos los animales y de las personas, y se han visto en esa muchedumbre escenas de desorden y de terror verdaderamente espantosas. Una mosca habia sido causa de todo.

La feria de la Berthenoux tiene lugar todos los años en los dias 8 y 9 de setiembre. Principia por la venta del ganado lanar y acaba por la de los bueyes. El valor de los negocios que allí se hacen puede ascender á un millon de francos. J. G.

La fuente de San Miguel

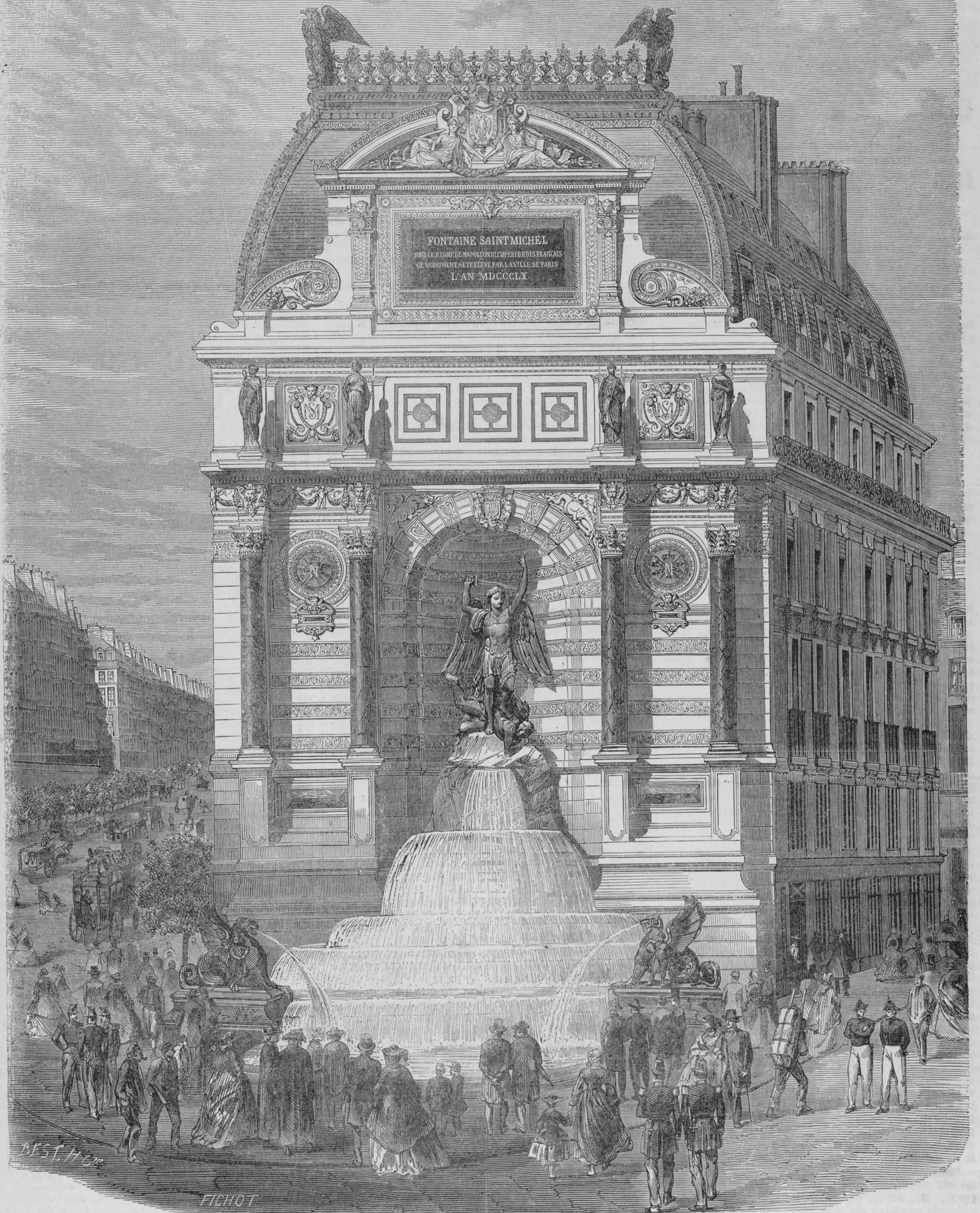
INAUGURADA EN PARIS EL 15 DE AGOSTO DE 1860.

En conformidad á la denominacion tradicional del punto y de la plaza que tomaban su nombre de una antigua capilla de San Miguel, que Felipe el Hermoso encerró en el recinto del palacio de la Cité, y de la cual no queda vestigio alguno hace mucho tiempo, se ha elegido por asunto principal de la nueva fuente, la figura de San Miguel venciendo al demonio. Este monumento tiene 26 metros de alto y 15 de ancho, y ha sido ejecutado por los dibujos de M. Davioud, arquitecto. El basamiento así como las conchas es de piedra de Saint-Yllié (Jura) cuyo color de un gris amarillento contribuye á establecer una division en esa gran fachada por su oposicion con el blanco de la piedra de lo restante del monumento. El color rojo de los chapiteles de las columnas de marmol del Languedoc, forma en este monumento con esa piedra un vivo contraste cuya dureza hará desaparecer el tiempo. El bronce de las estatuas es de un tono claro armonioso. El grupo de San Miguel de 5 m. 50 c. de altura descansa en una piedra azul de Soignies (Bélgica) de donde sale un caño de agua que da 23 litros por segundo. Este grupo de bronce fundido por M. Victor Thiébauld, es debido á M. Duret, miembro del Instituto. Las estatuas de la Prudencia, de la Fuerza, de la Justicia y de la Temperancia que están en las columnas, son de MM. Bare, Guillaume, E. Robert y Gumery y han sido fundidas por MM. Eck y Durand. Los grupos de las quimeras del pylon inferior, son de M. Jacquemart. Por último, las dos figuras de piedra del fronton el Poder y la Moderacion, apoyadas en las armas de Francia, son de M. A. Debay. A derecha é izquierda del ático hay escudos con la cifra de San Miguel y rodeados del collar de la orden de este nombre. Mas abajo se ven las cifras de Napoleon. — Esta fuente está aplicada á una casa particular.

La inauguracion tuvo lugar el 15 de agosto en presencia de una porcion de artistas y de curiosos.



EL CAMPO DE LA FERIA.



LA FUENTE DE SAN MIGUEL EN EL BOULEVARD DE SEBASTOPOL, INAUGURADA EL 15 DE AGOSTO.

El último canto del ruiseñor.

Ligeras pasan, mi niña,
Para nuestro amor las horas.
¿Recuerdas el sol tan puro
Que disipando las sombras,
Llevó con mis esperanzas
Alegre luz á tu alcoba?..
¡Mira, mi bien, cómo triste
Va muriendo entre las olas
Que al murmurar á lo lejos
Parecen almas que lloran!
Besando el mar con sus alas
Pasa la blanca gaviota
Y busca su dulce nido
Sobre la pelada roca.
Y cierra la flor su cáliz,
Y duermen las mariposas,
Y si la fuente murmura
Es porque gime la alondra.
Cruza el ruiseñor el bosque,
Medroso bate las hojas
Buscando la fresca rama
Donde le encontró la aurora.
¿Oyes? ¡qué vagos acentos,
Qué graves y tristes notas
Dirige á la luz naciente
De la luna melancólica!
¿Qué la dice con su canto?
¿La saluda? ¿la enamora?
¿O la revela misterios
De tu pecho de paloma?..
No me ocultes esas lágrimas
Que á tus párpados asoman,
Que ellas dicen lo que sientes,
Aunque tú quizás lo ignoras.
El ruiseñor ya no canta...
Duerme, mi *Felina* hermosa,
Que yo los cantos repito
Porque en el alma los oigas,
Y alumbra la blanca luna
Tu dulce sueño de gloria.

EDUARDO BUSTILLO.

Soneto.

LA CALUMNIA.

Al alzar la Virtud su noble frente
Brotó la vil Calumnia de entre el cieno;
Dióle la Envidia su mortal veneno,
Satán sus alas, su rencor ardiente.
Es cobarde y cruel; mas es potente
En dar lenguas al malo contra el bueno;
La noche oscura abriga en su seno;
Llega invisible y mata lentamente.
Do quier que clava su infernal pupila
Halla un objeto en que saciar su saña;
Artera siempre su puñal afila;
Su boca es antró en que el Error se entraña,
Y la baba asquerosa que destila
Aun al infame que la vierte dañá.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Eclipse de sol del 18 de julio.

(Conclusion.)

Así permanecimos en la mayor incertidumbre, temiendo perder todos nuestros afanes y trabajo, cuando felizmente el viento arreció y se llevó las nubes que con tanta tenacidad nos ocultaban el sol, apareciendo el cielo á la una de la tarde casi completamente despejado, menos por el N. N. E., donde se fueron aglomerando todos los vapores esparcidos antes en el espacio, formalizándose al fin allí una ligera tempestad.

Desde las seis de la mañana, los párrocos de las aldeas inmediatas, muchos ayuntamientos y casi todo el vecindario se presentaron en los alrededores de la estación, llenos de curiosidad por contemplar el fenómeno próximo, y acaso con tanto deseo algunos de ver y aun tocar, si les era posible, nuestros instrumentos, que en sus mentes agitadas debieron adquirir dimensiones colosales. A la una, despejado el sol, hubo que pensar en desembarazarse de aquella multitud de curiosos, cosa que se consiguió fácilmente con solo rogarles dos guardias civiles, de cuatro que el señor gobernador de la provincia había puesto á mis órdenes, que se retiraran á 200 metros de distancia para no molestarnos con el ruido de sus conversaciones animadas y con sus voces y exclamaciones de sorpresa y admiración.

Para observar el eclipse disponía yo de una ecuatorial ó anteojo montado paralácticamente, cuyo objetivo cuenta cuatro y media pulgadas de diámetro, y cuya distancia focal ó longitud aproximada es de seis pies. Proponiéndome como principal objeto de la observación durante la totalidad del eclipse examinar las protuber-

rancias coloreadas ó lenguas de fuego que en torno de la luna ó el sol se habían visto en otros anteriores, y se esperaba ver en el actual, y medir sus dimensiones aparentes y distribución ó posiciones, en mi anteojo había colocado un micrómetro de forma particular, de que en otra ocasión daré cuenta más detallada, y con el cual podía realizar mi plan sencillamente y sin pérdida de tiempo y un ocular cuyo poder de aumento estaba representado por el número 94. Temeroso de no percibir los hilos de araña del micrómetro en el momento de la oscuridad total, los reemplacé á tiempo por otros de platina, muy finos, que presentaban, sin embargo, un diámetro de 10", 20" de arco y un grueso muy apreciable, vistos por el ocular; y media hora antes de principiar el eclipse determiné repetidas veces la posición del cero del micrómetro valiéndome de las mismas manchas del sol, que de este modo tuve ocasión de examinar muy detenidamente. La rectificación en grande de la ecuatorial la había efectuado el día anterior, luego de su instalación, por medio de la observación de varias estrellas, que me dió un resultado satisfactorio.

Anotado el principio del eclipse por medio de un cronómetro, cuya marcha me era conocida, tomé cuatro contactos con la luna de una gran mancha solar cercana al limbo occidental, dos de la penumbra y otros dos del núcleo oscuro, sin notar al paso distorsión ni deformación alguna en el perímetro de la mancha, ni cambio sensible en la intensidad ó apariencia de sus tintas. Trece minutos después de comenzado el fenómeno vi con toda claridad el disco oscuro de la luna fuera de la parte brillante de sol en una amplitud como de 20° en la región superior aparente y bastante menor, acaso solo la mitad, en la inferior. El disco de nuestro satélite ofrecía grandes irregularidades ó montañas en casi toda la extensión que se proyectaba sobre el sol, y cerca del cuerno inferior especialmente se descubría una cavidad, á manera de valle, limitada por dos grandes montañas, con un talud igual, y que vista en el anteojo parecía la sección de un camino hecho en desmonte.

Tras de lo que precede vi luego desaparecer tres pequeñas manchas, y anoté los momentos en que esto tuvo lugar, así como otras dos mayores cerca del limbo oriental del sol. Faltaban entonces once minutos para la completa desaparición del sol, y la luz, sensiblemente alterada, daba á las fisonomías de las personas un colorido imposible de definir, y comunicaba á la nube tempestuosa, de que antes he hablado, un aspecto grandemente sombrío que atraía de continuo nuestras miradas por el recelo que aun abrigábamos de que el viento la empujara desde el N. hacia nuestra región en aquellos momentos.

Al desaparecer el sol se notó en su limbo una fuerte ondulación como si se compusiera el disco de una materia líquida ó pastosa, dividiéndose, al parecer por supuesto, en diferentes trozos ó fragmentos, siendo de advertir que algunos momentos antes no se percibía en el filete de sol aun descubierto movimiento ni ondulación de ninguna especie. Llegado este momento, quité aceleradamente el cristal de color y apliqué la vista al ocular de mi anteojo, pero en el acto tuve que retirarme completamente deslumbrado por un resplandor extraño que dentro del instrumento había. Sospeché, aunque sin casi poder dar crédito á mi duda, si habría observado el principio de la ocultación del sol por la luna demasiado pronto, ó si aquel resplandor provendría simplemente de la corona solar descubierta en los pasados eclipses; mas sin detenerme á reflexionar sobre esta circunstancia, volví de nuevo á mirar, y ya todo había cambiado de aspecto, reemplazando al resplandor insoportable de antes, la luz blanca y suave de la corona surcada por numerosas ráfagas de tinte amarillento que superaban con mucho el campo de mi anteojo, y cuyo brillo y magnificencia solo son comparables á los de algunos fuegos ó luces de Bengala. Sobre el fondo blanco á que me refiero descubrí de pronto dos grandes protuberancias de un rojo sonrosado vivísimo, mas ligero por la parte inferior; y pasado el asombro que en mí produjo la novedad y hermosura de aquel espectáculo que por primera vez en mi vida contemplaba, y no sin hacer un esfuerzo para recordar mi deber, traté de medir la altura de la primera protuberancia ó llama, operación que repetí dos veces, obteniendo resultados tan discordes que al momento sospeché si el tamaño de aquellos objetos sería variable por momentos, en cuya idea me confirmé por una tercera apreciación, distinta asimismo de las dos anteriores ya efectuadas.

Anotados los dos minutos de arco que para tamaño de la protuberancia había deducido de la medida primera, y 4' 30" en la segunda, y conocidos también los ángulos de posición de las dos llamas, pasé del limbo que estaba examinando ó sea del oriental al occidental, y allí descubrí desde luego otras muchas, algunas agrupadas de modo que al parecer formaban una vasta cordillera de montañas. Persuadido de que de nada serviría medir las dimensiones de las protuberancias si no se refería la operación á un momento dado, por causa de su continua variabilidad, y siéndome esto poco menos que imposible en las condiciones en que me hallaba, resolví abandonar semejante intento, y limitarme á determinar los diversos ángulos de posición de aquellas manchas coloreadas. Cinco de estos ángulos llevaba ya determinados cuando un grito entusiasta del padre Secchi que observaba á mi lado llamó mi atención sobre una nube ó protuberancia que se hallaba muy distante de las demás, las cuales aparecían como

unidas al disco de la luna. Estimo en el espesor de uno de los hilos de platina del micrómetro, ó sea en unos 10" 20", el espacio que mediaba entre las protuberancias bajas y aquella nube flotante, y en cerca de un minuto la extensión prolongada de esta, valuada por comparación, pero no medida. En aquellos momentos todo el disco de la luna me pareció ornado de llamas rojas aisladas algunas y otras agrupadas, como formando largas cordilleras.

Presintiendo la conclusión del fenómeno y deseando contemplarle en su conjunto, miré por el buscador de mi ecuatorial, pequeño anteojo que abrazaba un ancho campo, y percibí la corona solar en todo su esplendor. No me pareció que podía considerarse dividida en dos ó más coronas concéntricas como en ocasiones análogas han dejado dicho algunos observadores: su luz, por el contrario, iba decreciendo insensiblemente; y lejos de ser uniforme por todas partes; descubriéndose de trecho en trecho algunos rayos de longitud considerable, tal vez dos veces mayores que el diámetro aparente de la luna. A la izquierda del disco (visión inversa) y como á unos 40° del punto boreal, uno de estos rayos mostraba una grande inflexión á una distancia del borde mitad del radio lunar, semejando la rama de un árbol que se desprende y toma otra dirección distinta de la del tronco. Después de examinada la corona y de dar una rápida ojeada al cielo en el que se destacaba el fondo negro de la luna formando un extraño y admirable contraste con la blancura de la aureola, quise seguir el estudio de las protuberancias y volví á mirar por el anteojo de la ecuatorial; pero era ya tarde, pues el sol acababa de reaparecer, y tuve el sentimiento de perder su segundo contacto interno con la luna.

Apesadumbrado de la pronta conclusión del fenómeno, me ocurrió la idea en aquel momento de que en el cálculo del eclipse se había cometido algún error, y de que, como consecuencia de él, nos habíamos situado demasiado lejos de la línea de centralidad; pero las observaciones precisas de los contactos, hechas con el anteojo de Repsold por don Cayetano Aguilar, que había quedado junto á la ermita de Nuestra Señora del Carmen, en el fondo del valle, nos probaron después que la oscuridad total había realmente durado 3' 11", conforme las previsiones del cálculo. En la agitación y afán en que habíamos vivido, el padre Secchi y yo no hubiéramos valuado este tiempo en una mitad próximamente: tan rápidas pasan las horas cuando el alma se halla absorta en la contemplación de las bellezas y maravillas del universo. Con la aparición del primer rayo del sol coincidió un murmullo de júbilo y satisfacción escapado involuntariamente de los pechos antes oprimidos de aquella multitud de curiosos que nos rodeaba, y que hasta entonces había permanecido en un completo y silencioso recogimiento.

La emoción por todos los observadores experimentada era demasiado grande para proseguir después con igual calma que anteriormente la observación de la segunda fase parcial del eclipse; pero sin embargo, aun se anotaron algunas reapariciones de manchas ocultadas, percibí con mayor claridad que al principio el borde de la luna fuera del disco iluminado del sol, y concluí de un ligero exámen que las escabrosidades de la región occidental de nuestro satélite eran mucho menores ó aparentes que en la oriental, y últimamente se determinó el fin ó postrer contacto del eclipse.

Mientras que en el cerro de San Miguel se seguía de este modo el curso del fenómeno, en el valle, el señor Monserrat, mas sereno que ninguno, y dando muestras de una imperturbabilidad de que hay pocos ejemplos en casos semejantes, obtuvo catorce fotografías, nueve del eclipse parcial y otras cinco en los tres minutos que duró la totalidad; es decir, tantas ó tal vez más que se habían obtenido en los ensayos preliminares hechos en los días anteriores para adquirir la práctica de la operación. Las dificultades que se presentaban para obtener imágenes de las protuberancias y de la aureola solar eran inmensas, atendida la brevedad del tiempo de que para ello había de disponerse, y la ignorancia en que se estaba acerca de la intensidad luminosa del objeto que se quería fijar.

Como ya en otra parte llevo indicado, días antes del eclipse se habían hecho repetidos ensayos con la luna, y se había deducido que bastaban cinco ó seis segundos de exposición para recoger su imagen en la placa; ¿pero era asimilable á la de la luna la luz de la aureola solar? y su coloración desconocida, ¿no podría desvanecer todas las esperanzas y cálculos en aquella analogía basados? En la duda y después de largos ratos de meditación el señor Monserrat se resolvió á gastar un poco de tiempo, de aquel precioso tiempo de la totalidad del eclipse, en hacer una prueba completa de los reactivos por él preparados, y así lo efectuó con el mejor éxito, gracias á su habilidad reconocida y á su serenidad envidiable. Seguro del éxito por el primer ensayo, y advertido del tiempo que la exposición de la placa debía durar y del medio mejor que para la revelación y fijación de las imágenes convenía seguir, una tras de otra obtuvo las cinco pruebas citadas, que para el señor Monserrat deben de ser otros tantos títulos de justo orgullo. Al obtener la segunda prueba, el anteojo experimentó una pequeña sacudida, y en vez de una sola imagen resultaron tres parcialmente superpuestas; pero lejos de tener que lamentar semejante contratiempo, hay casi que felicitarse por él, pues en las tres se descubren marcadas las protuberancias, y esto manifiesta que á pesar de su color rojo, no es menos intensa su acción fotogénica que la de los rayos blancos de la aureola.

En las cinco fotografías las protuberancias se descubren perfectamente con sus variaciones de forma y distribución al pasar de una imagen á otra, é igualmente se notan las variaciones de anchura de la aureola según el tiempo de exposición de cada prueba, aunque sus detalles no se perciban con la misma claridad, como es fácil de suponer atendida la magnificencia del fenómeno y la escasez de medios de que el hombre dispone en la actualidad para retener fielmente su imagen. Fáltame manifestar que los originales ó pruebas negativas á que aludo se hallan depositados en este observatorio, donde han sido ya examinados por algunos astrónomos extranjeros, que han regresado á su país con el sentimiento de no poderse llevar un traslado positivo, aunque con la esperanza de que no tardarán en recibirle, llegados á su destino. Dan además á estas imágenes un valor grande las circunstancias de ser conocidos los momentos exactos en que fueron obtenidas, y de hallarse cruzadas por un hilo paralelo al Ecuador, colocado con intento en el foco del anteojo, de modo que la posición de las protuberancias quede determinada.

El señor Monserrat había dispuesto además una cámara ordinaria de placa en dirección del sol, con objeto de fijar simultáneamente con este astro el grupo de planetas que le rodeaba; pero el resultado no correspondió á nuestros deseos y esperanzas. Ultimamente manifestaré antes de abandonar este asunto que durante todo el eclipse, y á intervalos iguales de 5 minutos se expusieron papeles preparados con el nitrato de plata para apreciar después la diversa intensidad de la luz en todo el trascurso del fenómeno, siendo el señor Alcover, ingeniero industrial, y el señor Alegre, de Castellón, los encargados de estas experiencias.

Desde el principio del eclipse hallábase el señor Barreda encerrado en una habitación de la ermita de san Juan observando con un anteojo, propiedad del señor Cepeda, el espectro solar formado por los rayos de luz que penetraban por una abertura hecha en la pared de un modo conveniente, y que iban á caer sobre un prisma de flint de gran pureza y de 45 grados de ángulo, colocado verticalmente entre la abertura y el anteojo.

En su día será menester publicar la nota circunstanciada que en aquellos momentos redactó el señor Barreda y que puesta en limpio existe ya en mi poder, por los numerosos é importantes datos que contiene: hoy tengo con sentimiento que limitarme á dar á V. E. cuenta de una parte del resumen que dicho señor hace de sus interesantes observaciones. De cuante precede, escribe el señor Barreda, resulta: que 20 minutos después de principiado el eclipse, se notó ya una confusión muy marcada en la luz del espectro; que á los 30 minutos hubo una alteración manifiesta en el color rojo, que fué sucesivamente blanqueado, confundiendo al propio tiempo los colores amarillo y verde, y formándose en el espacio que antes ocupaban una tinta mista y uniforme; y que á los 40 minutos empezó á notarse igual confusión entre el azul y el añil, completándose este fenómeno muy luego, y persistiendo como el anterior hasta pasada la totalidad.

En tanto que esta mezcla de colores se efectuaba, como á los 32 minutos después de comenzar el eclipse, empezaron á disminuir en cantidad muy notable los colores anaranjado y violado, faltando el primero por completo á los 50 minutos, y el segundo cinco minutos antes de la totalidad, en cuya época había desaparecido por completo el añil, y apenas se percibía el azul. En los momentos de la totalidad, solo persistieron algunos vestigios de los colores rojo y verde, faltando todos los demás. Pasada la totalidad, los fenómenos se reprodujeron en el orden que era de esperar. Cinco minutos después apareció primero el color azul, y á los 10 las tintas confundidas del amarillo y verde, así como las del azul y añil con vestigios del violado, cuyos matices fueron haciéndose rápidamente muy perceptibles. El color rojo, el amarillo y el verde, y el anaranjado luego, destacáronse sucesivamente á los 10 minutos, 20 minutos y 25 minutos después de la totalidad, y á los 30 minutos todos los colores se hallaban ya perfectamente marcados y definidos. — El señor Barreda además aprovechó los cortos instantes que le quedaron libres durante la totalidad del eclipse para examinar la luz de la corona, que encontró fuertemente polarizada, confirmando así los importantes resultados deducidos en otra estación muy lejana de la nuestra por un astrónomo extranjero que se consagró exclusivamente á este estudio especial.

Con el term-multiplicador de Melloni, el señor Botella siguió minuciosamente las variaciones de la temperatura, y dedujo, como con algún fundamento se esperaba, que el decremento del calor solar aumentaba rápidamente á medida que la luna ocultaba las regiones centrales del sol, y de un modo poco sensible cuando los bordes del último astro son los únicos eclipsados. Los números en estas experiencias recogidos merecen asimismo publicarse íntegros, para que quien en ello tenga especial interés pueda estudiarlos, y sacar de su examen las consecuencias á que haya lugar.

Entre el aspecto y perturbaciones del sol y las fuerzas magnéticas que obran en la tierra, créese hoy que existe alguna analogía, y por este concepto tenía el encargo dado al señor Mayo, de observar atentamente las oscilaciones de la aguja de declinación, una verdadera importancia. El señor Mayo á pesar de todo su esmero y diligencia, no notó en la aguja imantada alteración alguna que en las propias horas de los días precedentes no se hubiera observado. Este resultado, aunque negati-

vo, nos parece de tanto valor como cualquier otro de especie diversa que hubiera podido obtenerse.

De las observaciones meteorológicas ordinarias resulta que el barómetro no experimentó la menor variación que pueda atribuirse al eclipse; que la temperatura á la sombra descendió 4° y 7° al sol, llegando á ser iguales en cierto momento de la totalidad las indicaciones de los dos termómetros; que con este descenso hubo una pequeña precipitación de rocío, y que el viento arreció un poco también á medida que la oscuridad adelantaba.

Los astros visibles con seguridad durante el eclipse total fueron siete: los planetas Venus, Júpiter y Mercurio, y las estrellas Cástor y Póllux, Capella y Sirio; hubo, sin embargo, quien aseguró haber visto tres estrellas más, que según las señas, debían corresponder á la Osa Mayor y al León.

Envueltos ya nosotros por la sombra lunar, aun se percibían iluminadas por los últimos rayos del sol las islas Columbretes; y algunos momentos después de reaparecer en nuestra estación la luz del día, viéronse los mismos islotes de repente como si el mar los arrojara de su seno.

Sobre todos los seres organizados la oscuridad produjo los efectos que se esperaban, y de asombro ó consternación, ya de languidez ó de decaimiento, pero en este lugar no es cosa de entretenerse en referir hechos de que todo el mundo tiene noticia.

Las principales conclusiones que me hallo en el caso de deducir de cuanto yo he observado se refieren á la corona solar y á las protuberancias ó nubes coloreadas que en su anterior se descubrieron. Sobre la corona cabe alguna duda acerca de si pertenece realmente al sol ó si se forma en nuestra atmósfera por la reflexión irregular de los rayos solares; y la polarización de que se halla dotada su luz y el sentido de los planos de polarización dan sin embargo pocas probabilidades á esta última hipótesis, á lo menos en la parte más intensa de la corona.

Mas por lo que hace á las protuberancias, á pesar de la opinión contraria y respetable de varios astrónomos muy distinguidos, yo no concibo que sean meras ilusiones ópticas, juegos de luz, ni nada parecido; y creo que tienen una existencia real y que corresponden al sol. Sin perjuicio de cambiar de parecer si razones poderosas me obligan á ello, hé aquí ahora los fundamentos en que me apoyo para opinar así en la actualidad:

1º La disminución progresiva de protuberancia en el limbo oriental y su aumento correspondiente en el occidental; disminución que si no se efectúa de un modo exactamente proporcional al movimiento relativo de nuestro satélite, tampoco se hace de una manera irregular ó brusca.

2º La circunstancia de haberse notado durante el eclipse parcial que el limbo oriental de la luna era el más accidentado y escabroso: por consiguiente, el más propio para la producción de interferencias ó juegos de luz, y la de no haber sido sin embargo en este, sino en el opuesto, liso y regular, donde se presentaron mayor número de protuberancias y donde se destacó la nube flotante que tanto impresionó á todos los observadores.

3º Los eclipses y reapariciones de las manchas solares que se efectuaron sin experimentar estos cambios sensibles de forma, ni alteración en sus tintas.

4º La intensidad con que las mencionadas protuberancias han quedado estampadas en las placas fotográficas; y

5º El completo acuerdo de los fenómenos apuntados en diversas estaciones muy lejanas y por distintos observadores, de donde resulta que ni la posición de estos, ni el estado muy variable de la atmósfera en aquel día tuvieron nada que ver con la apariencia, formas y distribución de las protuberancias, cosa que apenas se concibe pudiera ser si en estos fenómenos solo jugara la atmósfera terrestre.

Aquí, Excmo. señor, daría por concluida esta comunicación, mucho más larga de lo que al principio había sospechado llegara á ser, si todavía no tuviera que tratar de algunos puntos íntimamente relacionados con la historia de la comisión que V. E. me encomendó.

Necesito, en efecto, antes de terminar manifestar á V. E. lo altamente satisfecho que he quedado de todos mis compañeros y colaboradores, cuya modestia no quiero ofender con el más insignificante elogio, así como de todas aquellas personas cuyo auxilio ó consejos se han necesitado; y rendir aquí un sincero tributo de admiración y gratitud por su actividad, inteligencia y buenos oficios al M. R. P. Secchi, que ha dispensado al Observatorio de Madrid en las circunstancias actuales las más relevantes pruebas de aprecio y consideración.

Además mencionaré al señor Pizcueta, rector de la universidad de Valencia; al señor gobernador de la provincia de Castellón; al señor Llorca, catedrático de física del instituto de la misma, y al padre prior y sacerdote del convento de las Palmas, porque después de las delicadas atenciones y favores de ellos recibidos, sería una ingratitud insigne olvidarme aquí de sus nombres, sintiendo no recordar los de otras autoridades locales y personas de aquellos contornos para darles en este lugar una leve muestra de mi profundo agradecimiento por sus bondades.

Sobre otro punto tengo aun que llamar la atención de V. E. Obtenidas las pruebas fotográficas negativas del eclipse, es ahora indispensable, si de este resultado quiere sacarse algún fruto, proporcionarse 150 ó 200 ejem-

plares positivos para distribuirlos pronto entre los astrónomos extranjeros que ya los reclaman con ansia, y los profesores nacionales que en poseer una colección completa de aquellas imágenes tengan un verdadero interés. Ahora bien: este trabajo es largo y costoso y pide inteligencia suma en quien haya de efectuarle, que en mi concepto debe ser el señor Monserrat ó la persona que él designe: y V. E. sabe los sacrificios pecuniarios que el Observatorio de Madrid se ha visto precisado á efectuar en la ocasión presente, y las necesidades de mil géneros que por todas partes le apremian. Por lo mismo, yo suplico á V. E. insista cerca del gobierno de S. M. (Q. D. G.) para que en esta ocasión crítica, de verdadero compromiso, continúe dispensando al Observatorio la misma eficaz protección con que hasta la fecha le ha favorecido. De su ilustración y amor grande á las ciencias, y del vivísimo interés que V. E. se ha tomado siempre por el porvenir de este establecimiento, puesto á su cuidado y bajo su alta vigilancia, deduzco que mi súplica no quedará desairada ni mis esperanzas desvanecidas.

Madrid 26 de julio de 1860. — El director del Observatorio, ANTONIO AGUILAR.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Nada de nuevo todavía. — Prefensiones de las sedas de otoño. — Colección de trajes variados enviados á Baden. — Los sombreros á la moda. — Un sombrero nunca visto. — Aparición del Riflewoman. — Profecía de la sibila alemana. El sombrero tricorno anunciando el fin del mundo. — Los trajes blanco y oro en Baden. — Un escándalo en el gran mundo á propósito del lujo en el vestir. — Descripción del figurin de este número.

Nada de positivo puedo decir sobre las modas nuevas. Todo se reduce á rumores y tentativas caprichosas. Las telas de seda se parecen á los cueros de Córdoba de la edad media. Dudo que las damas tengan por conveniente adoptar esas telas.

Hé aquí varios bonitos trajes que se han enviado á Baden donde se dan bailes de gran tono.

El primero es un vestido de tafetan malva habana. Sobre la falda lleva un volante de 40 cent., cortado á cresta, y seguido de cinco volantes pequeños, de 8 cent. no más. Cuerpo alto adornado con tres guarniciones figurando chal; mangas largas cubiertas con cinco volantes.

— Otro vestido de moaré antiguo negro con un adorno de encaje en la falda y rosetas de terciopelo rodeadas de azabache y encaje. El cuerpo escotado á la Watteau lleva listas de terciopelo y de encaje con rosetas en cada lista. Mangas un poco largas adornadas con encaje.

— Un vestido de baile con dos faldas, de tul azul sobre tafetan azul. La primera lleva un sembrado de estrellas de oro; sobre ella cae una doble túnica recogida sobre sí misma con un ramo de espigas de oro á la izquierda. Cuerpo con drapeñas y espigas de oro. Corona de espigas de oro.

— Un vestido de tarlatana blanca con once volantes rizados. El cuerpo con cinturón de cinta malva va cubierto con una berta de tarlatana ilustrada con tres pequeños volantes rizados. Tocado de margaritas color de malva.

— Un vestido de tafetan hoja de rosa. La falda va cortada en punta con cuatro pliegues huecos, y la orla de la falda lleva pirámides de pequeños volantes de tafetan cortado á una altura de 50 cent. En cada punta de las pirámides hay un grueso pompon rosa rizado como una dalia. El cuerpo lleva de estos pompones sembrados sobre un cuello de tarlatana blanca.

— Un vestido de tafetan malva. Sobre la falda lleva nueve volantes rizados sostenidos por un adorno de paja formando cabeza en cada pequeño volante. El cuerpo es abierto y lleva orillas listadas de paja. Las mangas tienen una ancha vuelta con volante. Los botones del cuerpo están bordados de paja.

— Un vestido de gasa de Chambery sobre un transparente malva con volantes menudos de gasa malva y blanca alternados. Los volantes forman ondulaciones caprichosas. El cuello y las mangas están en relación con los volantes de la falda. Sobre el lado izquierdo del vestido cae un cinturón muy ancho. — Este mismo traje es muy bonito también color de rosa y blanco, grosella y blanco, verde y blanco y azul y blanco.

El color malva no sienta bien á todas las mujeres; oscurece ciertos cutis blancos.

Se dice que en Baden están en mayoría las mujeres bonitas, y que los trajes son variados hasta lo infinito.

Cada nación lleva allí sus modas.

El sombrero pequeño hace furor.

Hay una colección de sombreros tan múltiple que es imposible llevar más lejos la originalidad de la forma y del ornato.

El sombrero guardia francesa ó de tres picos es el adoptado por las más elegantes. Algunos sombreros que llegan de Inglaterra carecen de casco; es grotesco y ridículo hasta lo sumo.

Se ven además en Baden la gorrilla rusa y el riflewoman, nuevo sombrero inglés que llevan los voluntarios.

Este último tiene la forma de un molde de pastelería, es redondo. Las alas son muy estrechas y abarquilladas. Se adornan con plumeros, penachos, pájaros, mariposas, frutas y flores. — La mujer que lleve este sombrero ha de ser muy bonita y muy elegante.

Parece ser que esta invasión de tocados cosmopolitas y fantásticos se encuentra vaticinada en las profecías de la Sibila alemana, una obra antigua de necromancia que anuncia el porvenir, y que las señoras alemanas consultan como un oráculo.

Dice este libro « que un día llegará en que las mujeres tendrán una tendencia marcada á vestirse como los hombres; sus tocados se modificarán, tomarán las formas mas singulares, hasta que lleguen á ser como el sombrero de tres picos. Entonces llegarán un período próximo al fin del mundo. »

Ahora bien, yo anuncio que ese maldito tricornio del libro sibilino se halla muy á la moda actualmente tanto en Baden como en otras ciudades donde se va á tomar baños.

En Baden las elegantes han adoptado el vestido de muselina blanca con manteleta y cinturón de oro. Completa el prendido un sombrero de paja de arroz adornado con una pluma blanca.

¿Quién creería que el lujo en el vestir produce tambien sus escándalos, y sus dramas?

Durante todo un invierno se habla de los vestidos, de la elegancia y buen gusto de tal ó cual señora, y luego se viene á saber una mañana que esa señora debe todas sus galas y que trata de ponerse al abrigo de la justicia, diciéndose bajo la tutela de su marido.

Esto es lo que pasa hoy con una persona de nombre aristocrático.

La marquesa de F... debe 90,000 fr. de trajes que el marqués de F... se niega á pagar, diciendo que solo pasa 8,000 fr. anuales á su mujer para sus trajes.

Parécenos que el marqués habria dado señales de hombre previsor si hubiera tratado de indagar de dónde salia el lujo con que su esposa deslumbraba á todo el mundo.

Este señor posee 260,000 fr. de renta. — La justicia decidirá la cuestion.

El mes próximo tendré que señalar las novedades de otoño. Ya sabré á qué atenerme en punto á confecciones, vestidos y sombreros. Entre tanto nuestro figurin da una idea de las últimas modas del verano.

El primer traje se compone de un vestido de tafetau liso verde isly. Sobre la falda lleva cinco vo-

lantes con ruches de encaje negro. Cuerpo escotado guarnecido de encaje negro. Mangas con tres volantes en armonía con los de la falda. Hombreras de encaje negro. Cinturón duquesa de encaje. Guarnición de tarlatana y entredos de guipure. Mangas interiores huecas. Pañuelo de tela argelina con rayas, y franja de seda. Sombrero de crespon malva, con casco flojo cubierto de encaje negro. Ramillete de violetas de Parma caído por un lado. En el interior bandó de violetas y cintas del mismo color. Guantes de Suecia. Botitas de cabritilla dorada con tacones Luis XV.

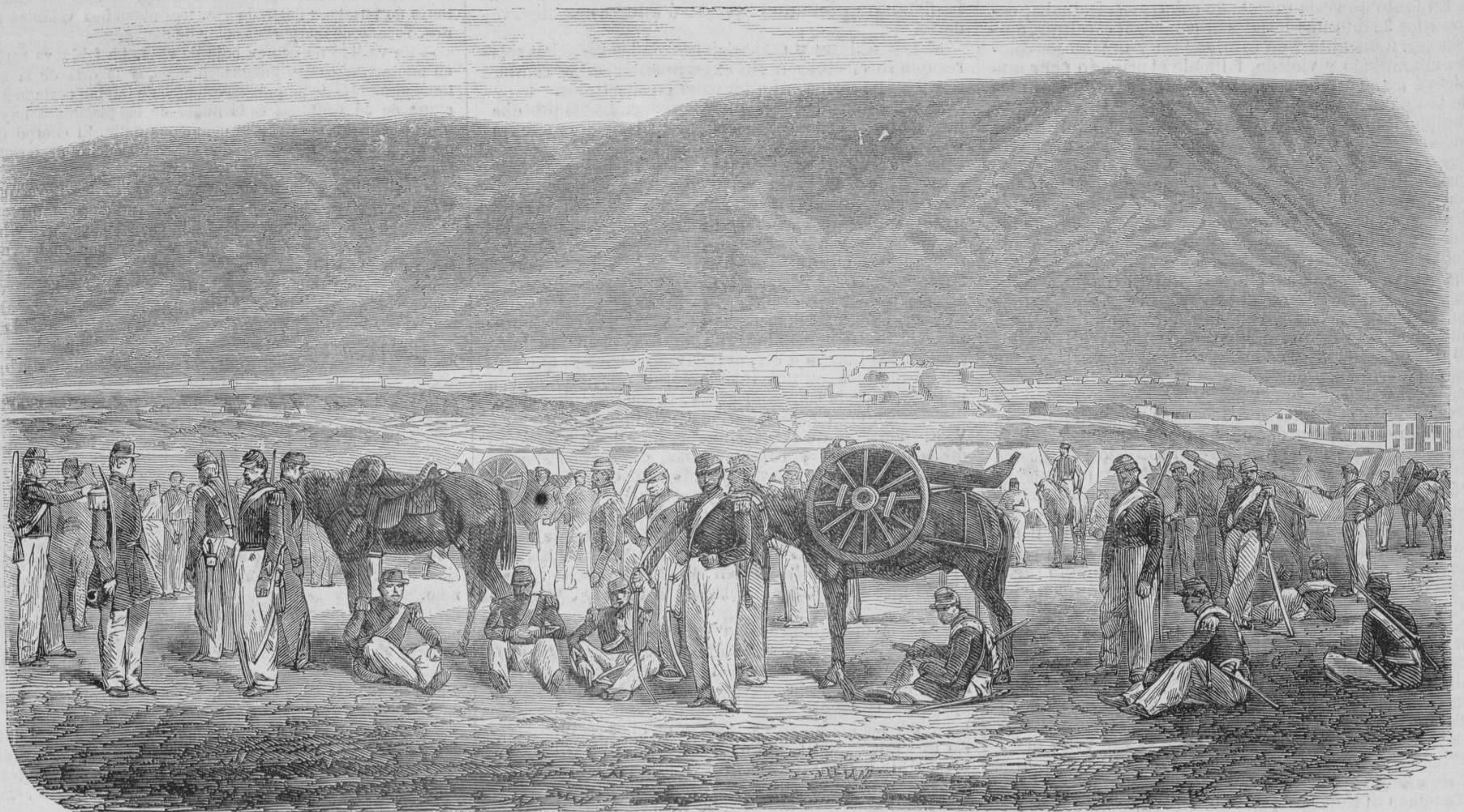
La segunda figura lleva un vestido de tafetan gris perla sembrado de ramitos estampados. La falda va plegada á gruesos pliegues hácia abajo y lleva tres hileras de rizados de diez centímetros. Cuerpo escotado. Cinturón con broche bizantino. Mangas anchas con rizados menudos. Pequeño fichu de organdi cruzado guarnecido de guipure con pliegues y entredos de guipure. Mangas interiores en relacion con el fichu. Sombrero de paja blanca de arroz con penacho de plumas á la Enrique IV y cintas blancas. En el interior una media corona de rosas sin follaje. Guantes color de maíz. Botitas gris perla. Sombrilla marquesa de tafetan cereza y encaje negro con mango de marfil labrado.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Damos en esta página dos grabados que se explican suficientemente por sí mismos. El primero representa tipos españoles de los Pirineos copiados en Pentecosta por un pintor de talento, M. Roqueplan; las figuras son notables por su carácter, por la verdad de las actitudes y el sentimiento grave y sereno de que están impregnadas. — En el segundo dibujo se ve la artillería de campaña que emplean los franceses en su nueva expedición á la Kabilia.



TIPOS DE LOS PIRINEOS. — ESPAÑOLES DE LAS CERCANIAS DE PENTIGOSA.



EXPEDICION DE LA KABILIA. — LA ARTILLERIA DE MONTAÑA.